

SOBRE LOS COMPUESTOS NOMINALES LATINOS CON PRE-  
FIJO DE VALOR INTENSIVO

(Conclusión)

Por cierto que estas conclusiones sobre el grupo particular de los compuestos con ὑπο- proyectan una luz preciosa sobre otros grupos de compuestos griegos. A saber, los formados con preposiciones, a veces correspondientes a las latinas como ἐκ-: *ex-*, ἐν-: *in-*, ἐπι-: *ob-*, περι-: *per-*, ὑπο-: *sub-*, y a veces con otras distintas, como κατά- y προ-, con características muy parecidas a los latinos. Pues lo mismo que en éstos, el sentido local propio de las preposiciones aparece convertido en uno intensivo o atenuado. Lo que ocurre es que lo mismo que en los latinos, el valor intensivo y el atenuado se dan indistintamente con las mismas preposiciones. Esto ocurre, sobre todo, en los compuestos con ἐκ-, ἐν-, ἐπι-, κατά-, frente a los con περι- en los que predomina el valor intensivo claro, y a los con παρα-, ὑπο-, en los que es general el valor atenuado. Y ha sido una de las causas que más han contribuido a desorientar a los autores. Pues dada la extensión que el fenómeno de la atenuación semántica tuvo en tales compuestos, y como no se ha ni sospechado lo natural que fue ese proceso de usura semántica en las expresiones intensas, los autores no han apreciado exactamente la importancia que el valor intensivo tuvo en tales expresiones. Y de ahí que la formación se ha tendido a reducirla a otros tipos morfológicos; por ejemplo, a veces a los «hipostáticos», o a los «regresivos», y con mucha mayor frecuencia a los llamados «exocéntricos» o «posesivos». Y por otra parte, al no haberse visto que la conversión en «intensivo» o en «atenuado» del valor local de las preposiciones fue en el fondo un fenómeno único, se les ha considerado a los compuestos atenuantes como distintos de los con valor intensivo, sea que tuviesen los mismos sufijos o distintos. Es decir, que incluso a formaciones con el mismo sufijo como las con ἐν o con ἐκ- se les ha atribuido un origen distinto, según tuviesen un matiz

intensivo claro u otro más atenuado. A lo cual se ha añadido una nueva causa de confusión. Y es que en griego, en los diversos grupos de compuestos con prefijo sin valor local, al lado de los con adjetivo en el segundo miembro, que es el tipo más general en las otras lenguas, estuvo muy extendido otro tipo con tema en principio sustantivo en el segundo miembro. Y los autores han creído en general que, con independencia de que coincidan en el prefijo y en el grado de la intensidad, cada uno de esos grupos tuvo que proceder de un origen morfológico distinto. Es decir, han creído que hay una división morfológica tajante entre formas como περικαλλής, περιμήκης, περίφρων, por una parte, o como ἔμμορος, ἔνθεος, ἔγχαλκος, o como ἐπίποκος, ἐπήρετος, ἐπίφρων, ἔφυδρος etc., y por otra los como περιδέξιος, περικλυτός, περίπικρος, o como ἐναλίγκιος, ἔνδηλος, ἔμπλειος, o como ἐπαινός, ἐπιζάφελος, ἐπίγρυπος, ἐπίμεστος, etc.

Y el resultado de todo este conjunto de malos entendidos ha sido que el estudio de estos compuestos, tal como lo expone, por ejemplo, Schwyzer, constituye el cuadro más abigarrado, incoherente y confuso que se pueda imaginar. Pues compuestos con prefijos distintos, pero con estructura morfológica igual, como los con esos prefijos dichos más adjetivo en el segundo miembro, tendrían cada uno un origen distinto. Y de igual manera, incluso compuestos con el mismo prefijo y con el mismo sentido intenso, como los citados, tendrían a su vez un origen distinto, según que el segundo miembro fuese adjetivo o sustantivo. No sólo éstos, sino que compuestos con un prefijo dado y con la misma estructura y sentido como los con ἐν- más adjetivo, como ἔμμεμαώς, ἔμμοπέως, ἐναλίγκιος, ἔνδηλος, ἔμπυρρος, ἔνθερος, etc., tendrían dos orígenes distintos y un tercero cuando el segundo miembro fue sustantivo, como en ἔνθεος, ἔναιμος, ἔγχαλκος.

Ahora bien, es claro que un estudio de problemas tan complejos, más que para un artículo, daría materia para una monografía; y además para una monografía voluminosa, dado el desarrollo que esta clase de formas adquirieron en griego. Así es que aquí es imposible intentarlo. Pero sobre algunos aspectos fundamentales de la cuestión sí que pueden hacerse algunas consideraciones. La primera es que, dado el fenómeno tan corriente de la debilitación semántica en las expresiones intensivas, hay que admitir que todo tipo de compuestos que presente alguna vez un sentido intenso, es decir, todos los arriba mencionados, fuera de los con ὑπο- y παρα-, fue por naturaleza intenso. Por lo demás ya he indicado que el mismo sentido «atenuado» o «aproximativo», en que se fijaron los con ὑπο- y παρα-, no fue más que una modalidad del fenómeno de la intensificación. Por lo tanto hay que pensar que todo

compuesto, en el que el prefijo no tiene un valor local claro, fue en principio intensivo. Y sobre este supuesto parece también claro que el hecho de que algunos compuestos lleven por segundo miembro unas veces un tema adjetivo y otras uno sustantivo, es un detalle irrelevante frente a los elementos comunes que poseen. No sólo esto, sino que en latín y en las otras lenguas emparentadas los compuestos de este tipo se construyeron de ordinario sobre temas adjetivos. Por lo tanto hay que pensar que los tipos de compuestos con adjetivo en el segundo miembro como περιδέξιος, περικλυτός, περίπικρος, o como έναλίγκιος, ένδηλος, έμπλειος, o como έκλευκος, έξέρυθρος, o como έπαινός, έπιείκελος, έφυγρος, etc., fueron anteriores a los como περικαλλής, περιμήκης, ένυδρος, έγχαλκος, έπίφρων, έπήρετος, έπίποκος, etc., con independencia del orden cronológico en que aparezcan en griego. Pues, naturalmente, de la coincidencia en sus elementos y en sus sentidos, de las formas griegas con las latinas y las de otras lenguas hay que deducir que todas procedieron de un tipo común. De un tipo común que en germen debió existir en ide., por lo menos cuando existió ya la correspondiente preposición. Es decir, que la interpretación de estas formaciones hay que asentarla sobre principios enteramente distintos de los hoy aceptados.

Y desde luego hay que reconocer que la mayoría de las interpretaciones que en los diversos tipos dio Schwyzer (y hoy universalmente admitidas) carecen de consistencia. Por ejemplo, a los compuestos «atenuados» o «de la aproximación» con έν- y παρα-, tan frecuentes en la época helenística, Schwyzer quiso explicarlos (I, p. 436 y II, p. 457) (así a έμπυρρος, ένθερμος, παράγυμνος, παράλευκος) lo mismo que a los con ύπο-; es decir, a partir de expresiones como έν [τινι] πυρρός o θερμός, o παρά [τινι] λευκός, o γυμνός. Pero ya he indicado (EMERITA 47, 1979, p. 146) que la hipótesis de ύπό τι πολιος hay que rechazarla categóricamente por las razones allí apuntadas. Luego con mayor razón hay que rechazar su extensión a estas formas nuevas; ya que en éstas ni siquiera se tiene la débil base que suele invocarse en favor de las primeras. Y Schwyzer quiso además (I, p. 436) a una serie de compuestos con έν-, en principio sin duda intensivos, como έμπλην 'inmediatamente, a continuación', έναλίγκιος, 'muy parecido', έναργής 'brillante, evidente', ένδυκέως 'cuidadosa, ávidamente', y como ένόρχης 'entero, no castrado' y έντεκνος 'provista de hijos', considerarlos formados con la partícula copulativo-intensiva \*sen, convertida con psilosis en έν. Pero \*sen en composición, tanto en griego como en las demás lenguas ide., adoptó en general el grado reducido \*sm- > gr. α-. Lo que pasó fue que en griego, en unos dialectos por psilosis y en otros por analogía, la resultante α

cambió a veces el espíritu áspero en suave. Pero de lo que no quedaron huellas en composición fue del grado pleno, ni con espíritu áspero ni con el suave. Por lo tanto hay que suponer que el ἐν de tales compuestos no pudo ser más que la misma preposición ἐν, que dio origen a diversas clases de compuestos intensivos, lo mismo en griego (los como ἐμμεμαώς, ἐμμοπέως, ἐμμενής, o los como ἐνδηλος, ἐμπυρρος, etc.) que en latín o en alemán (los como *inclitus*, *infensus*, *inciens*, *insignis*, *incānus*, etc.)<sup>1</sup>.

Y por otra parte, a mí me parece abusivo y completamente infun-

<sup>1</sup> Y en este grupo hay que incluir a ἐμπεδος 'muy firme, muy sólido, firmemente asentado'. Forma sin duda construida sobre πέδον 'suelo', pero que en cambio es completamente dudoso que saliese, como suele decirse, de la expresión τὸ ἐν τῷ πέδῳ οὐ πεδίῳ.

Así Debrunner, *Griech. Wortbild*, p. 27; Schwyzer I, p. 436; H. Frisk, *Griech. Wb.*; Chantraine, *Dict. Etym.* Pues aunque Chantraine no dice nada sobre la naturaleza exacta del compuesto, su traducción de él por 'lo sólidamente establecido en el suelo' parece indicar que como los demás autores lo considera un hipostático. Pero en el suelo se puede estar lo mismo erguido y sólidamente asentado, que derribado o abatido, o tambaleándose y bailando. Y no se ve por qué una expresión que tan múltiples sentidos admitía se especificase en esa acepción única. Frente a esto parece innegable que la idea de 'suelo, piso, soporte en el que todo se asienta', ha entrañado siempre dos connotaciones; a saber, la de algo 'duro, compacto y sólido' (ya que todo lo que sirve de apoyo supone una cierta dureza), y la de 'llano' (ya que de ordinario los lugares en que se ha asentado la habitación del hombre han sido terreno llano). Y de ahí el lat. *solum*, palabra sobre la que los Diccionarios de Ernout-Meillet y de Walde-Hofmann no dan más que unas indicaciones vagas, completamente insatisfactorias, y que sin duda no fue más que la sustantivación del adjetivo \**solos*, gr. ὅλος 'entero, compacto, duro, sólido'; de donde *solidus* 'duro, sólido', y con geminación expresiva osco *sullus* = *totus*, y lat. *sollus*, atestiguado en Lucilio y en los compuestos como *sollers*, *sollicitus*, *solliferreum*, etc. Forma que sirvió por una parte para designar el 'suelo de la tierra' en cuanto 'duro', y por otra la 'planta del pie', y luego las 'sandalias' o 'apoyo de la planta del pie', en cuanto 'planas'. Y un fenómeno análogo parece que ocurrió en el gr. πέδον. Palabra que sin duda debió tener el mismo sentido de 'duro, firme, sólido' que \**solos*, gr. ὅλος. Esto hay que deducirlo de sus paralelos, el umbro *peŕum* = *solum* y el lat. *oppedum* > *oppidum* 'fortaleza, plaza fortificada' (cf. *infra*, p. 434). Lo cual explica su especificación en los sentidos de 'suelo' (πέδον) y de 'llanura' (πεδίον). Es decir, todo indica que πέδον llevaba en su esencia las dos connotaciones naturales a la idea de 'cosa dura' que encontramos en *solum*. Por lo demás hay que pensar que πέδον, al parecer forma temática del tema sustantivo \**pēd*, debió tener en su origen una naturaleza fluctuante entre sustantivo y adjetivo. Y sobre estos supuestos se ve que ἐμπεδος 'muy firme' se explica sencillamente, es decir, como un compuesto intensivo lo mismo que otros muchos con ἐν sobre tema sustantivo o adjetivo. Hipótesis por lo demás confirmada por el adverbio ἐμπεδον 'fuertemente, enteramente', en relación con su sentido primario de 'compacto, entero, firme'.

dato el empleo tan frecuente que Schwyzer hizo en la explicación de los compuestos mediante la hipótesis regresiva<sup>1</sup>. Pues él pretendió explicar formas como ἐκδηλος (ya en Homero) y como ἐκλαμπρος, ἐκλευκος, ἐκθερμος, ἐκπικρος, ἐξυγρος (II, p. 462), y como ἐγγλυκος (II, p. 457), y como ἐφυγρος (II, p. 466), etc., a partir de verbos como ἐκδηλόω (atestiguado por primera vez en Teofrasto) y como ἐκλαμπρύνω, ἐκλευκαίνω, ἐκθερμαίνω, ἐκπικράζω, ἐξυγραίνω, ἐγγλύσσω, ἐφυγραίνω, etc. E incluso alguna vez no tuvo reparos en apoyar hipótesis en algún verbo inatiguado. Así en II, p. 466, donde da a ἐπίγρυπος como regresivo de un \*ἐπιγρύπω y a ἐκλιμος de un \*ἐκλίμω, grupo en el que incluye hasta el lat. *ēgelidus*. Pero de un verbo como ἐκδηλόω, atestiguado por primera vez en Teofrasto, es imposible deducir nada sobre una forma atestiguada ya en Homero<sup>2</sup>. Y por lo demás, de lo dicho a propósito de las formas latinas como *incānus: incānesco, incuruus: incuruesco*, etc., se ve la imposibilidad de que ninguno de los adjetivos citados por Schwyzer fuese regresivo.

Aunque entre las diversas interpretaciones de estas formas propuestas por Schwyzer, la que a mi juicio tiene un carácter más inverosímil y fantástico es la que se dio en general de los compuestos con preiijo más tema sustantivo en el segundo miembro; es decir, de compuestos como ἐγκαρπος, ἐνθεος, ἐναιμος; ἐπήρετος, ἐπίποκος, ἐφυδρος, κατάχαλκος, κάθυδρος, περίφρων, περικαλλής, etc. Formas que con la generalidad de los autores incluyó en el grupo de compuestos llamado por los gramáticos indios *bahuvrihi* y por los modernos «exocéntricos» o «posesivos», como λευκώλενος, μεγάλθυμος, ῥοδοδάκτυλος, χρυσόθρονος, etc. Grupo que, según él (I, p. 429), habría salido de expresiones como [ἦ ο ἦς] [οί] δάκτυλοι [ὡς] ῥόδα [εἰσί]; [ὦ ο οὔ] θρόνος χρυσός [ἐστί], etc. De acuerdo con lo cual supuso que ἐγκαρπος, ἐνθεος, ἐπήρετος, ἐνίφρων, κατάκαρπος, περικαλλής, etc. habrían salido de expresiones como [ἐν ὦ ο ἐν ἦ] θεός, ο καρπός ο ὕδωρ [ἐστί], o como [ἐφ' ὦ ο ἐφ' ἦ] φρών, ο πόκος ο ὕδωρ [ἐστί].

Pero lo primero que salta a la vista es que entre los compuestos con preiijo intensivo y los considerados exocéntricos por antonomasia hay dos diferencias profundas. Una morfológica, el que el primero de

<sup>1</sup> Error en el que por cierto han incurrido tanto los latinistas como los indoeuropeístas en general. Por ejemplo el mismo Debrunner, *loc. cit.*, p. 27, quien ya quiso derivar a compuestos como ὑπόλευκος y κατάξηρος de compuestos como ὑπολευκαίνω y καταξηραίνω.

<sup>2</sup> Por cierto que Schwyzer debió sentirse tan inseguro de esa su hipótesis que añadió que ἐκδηλόω podría ser un hipostático de δῆλος ἐκ πάντων. Hipótesis si cabe más inconcebible que la anterior.

los elementos constitutivos es enteramente distinto en una y otra clase. Y otra semántica, el que los compuestos con prefijo tienen muchas veces un sentido intensivo que falta en absoluto en los del otro grupo. Así es que no se ve cómo ambos podrían reducirse al mismo tipo morfológico. Por lo demás, es claro que al sentido intensivo (como digo innegable) de muchos de los compuestos con prefijo no se comprende cómo podría haberse llegado a partir de expresiones neutras como «en lo que hay agua, frutos, hermosura, buen juicio». Pero el inconveniente principal de esa hipótesis consiste en la serie de elipsis que obliga a suponer en los diversos tipos de exocéntricos; y en particular la elipsis del pronombre relativo que en todos ellos habría que admitir. Pues, contra la hipótesis en sí de una elipsis del verbo de la existencia no parece que pueda oponerse ningún reparo. Y más difíciles aún de concebir que la elipsis misma del pronombre son los cambios tan violentos e ilógicos que a consecuencia de ella se habrían producido. Es decir, el que la preposición, perdido su elemento natural de relación, hubiese pasado a determinar al sujeto de la oración, fenómeno del que no creo que exista paralelo ninguno en ninguna de las lenguas ide., aparte de que esta hipótesis obliga a suponer un desarrollo de las oraciones de relativo, y una generalización del uso del \**ios* como pronombre relativo, que es difícil imaginar en época del ide. Así es que yo no veo que esa hipótesis, lo mismo que la referente al ὑποπόλιος, tenga más valor que el de un expediente para salir del paso, el de una construcción sin sentido y sin más consistencia que el humo.

Y lo cierto es que, desde luego, el grupo más típico de esos llamados «exocéntricos» (los del tipo como ῥοδοδάκτυλος, μέγας, etc.) admite una explicación sencilla al margen de dicha hipótesis. Pues, precisamente, uno de los impulsos más hondos que han regido siempre la evolución del lenguaje humano<sup>1</sup> ha sido la tendencia a designar a las personas o cosas por algún rasgo particular que en ellas llama la atención, forma de expresión a la que los retóricos antiguos consideraron una de las prerrogativas y excelencias (ἀρεταί o *uirtutes*) del lenguaje artístico, y a la que en concreto llamaron sinécdoque cuando el todo se designa por una de sus partes: *prōra*, *purp̄ris* o *uēla* por *nāuis*, etc. Aunque en realidad no es más que un fenómeno consustancial a la naturaleza del lenguaje, y de ahí que se dé lo mismo en el lenguaje más artificioso y refinado de la alta poesía que en el más espontáneo

<sup>1</sup> Del lenguaje humano, que por esencia es expresión figurada de lo abstracto por lo concreto, y de lo concreto por alguna de sus características, como vio Wundt, *Sprachpsych.* II, p. 504 ss.

y popular. Por ejemplo, hoy día en el español más popular es corriente el uso de apodos e insultos, como *el barbas*<sup>1</sup>, *el bigotes*, *el botas*, *el botones*, *el bragazas*, *el cabezota*, *el calzones*, *el chepa*, *el melenas*, *el pecas*, *el verrugas*, *el calzas largas*, *el cara-bobo* | *cara-tonto* | *cara-perro*, *el boca torcida*, *el labio-partido*, *el pata-palo*, *el tres-pelos*, y otros parecidos, algunos de las más imprevisibles y fantásticos. Expresiones que tienen un correspondiente exacto en otras no menos naturales y corrientes del lenguaje más culto, como *Barba Azul*, *Barba Roja*, *piel roja*, *rostro pálido*, *boinas rojas* o *verdes*, *camisas rojas* o *azules* o *negras* o *pardas*, *cascos de acero*, etc. Y expresiones que lo mismo que en español han sido corrientes en todas épocas en las lenguas más distintas (cf. Petersen, *Der Ursprung der Exocentrica*, *IF* 34, 1914-1975, p. 254 ss.).

Ahora bien, los llamados exocéntricos de las lenguas clásicas, como *λευκώλενος*, *ροδοδάκτυλος*, o como *auricomus*, *flāuicomus*, *longimanus*, *incuruiceruicus*, *magnanimus*, etc., no son más que formas por naturaleza idénticas a las españolas citadas. Formas utilizadas especialmente en la alta poesía, por los efectos coloristas y plásticos que daban a la expresión, pero que correspondían a un uso más o menos frecuente, pero normal, en la lengua corriente. Y de ahí ejemplos como *misericors*, *sollers*, *quadrupes*, *bīdens*, *bīgae*, *oinoculus*, *bimus*, *quadrīmus*, etc., de carácter típicamente popular. Tipo éste sobre el que había de desarrollarse en la época tardía otro de carácter más popular, con inversión del orden de sus elementos componentes: *barbirāsus*, *ōriputidus*, etc., y tipo que por cierto ha tenido en español una larga descendencia: pelirrojo, manirroto, patitieso, rabilargo, barbilampiño, boquiabierto, ojituerto, perniquebrado, cariacontecido, etc. Lo cual indica que en el latín popular tardío debió estar mucho más arraigado de lo que los textos dejan entrever.

Desde luego que en los compuestos exocéntricos antiguos presentan características especiales. Pues en ellos el primero de los términos quedó reducido al tema puro sin desinencias, y el segundo sufrió en su final algunos cambios en función del carácter adjetivo que el compuesto adquirió. Mientras que en los exocéntricos españoles correspondientes conservan a veces los dos términos del compuesto sus características de palabras independientes: *pieles rojas*, *rostros pálidos*, *camisas pardas*, *boinas rojas*, *calzas largas*, *pata-palo* < *pata* (de) *palo*, *cara-bobo* o *carañbobo* < *cara* (d)e *bobo*, etc. Pero éstas son diferencias secunda-

<sup>1</sup> Así ya, aunque con sentido enteramente distinto, en *Mío Cid* 268: *Merced ya, Cid, barba tan cumplida*, 274: *Inclinó las manos la barba vellida*, y 2192: *Grado al Creador e a vos, Cid, barba vellida*.

rias y que no significan nada respecto a la naturaleza de los hechos. Pues, sin duda, y a pesar de lo que muchos autores han creído, la pérdida de las desinencias del primer miembro no supone que la formación procediese de un supuesto período preflexivo, sino que fue sencillamente una extensión a la composición de un procedimiento general en la derivación nominal. Como a su vez en ésta no fue más que una extensión del procedimiento usual en la flexión. Ahora bien, que a la flexión se hubiese llegado a partir de un estado general preflexivo es cosa que no se puede ni afirmar ni negar, ya que esto nos obligaría a remontarnos al origen del lenguaje. Pero que ese estadio ya se había superado cuando se crearon los llamados «exocéntricos» parece que no ofrece duda.

Y las mutaciones del final del segundo miembro no fueron más que una consecuencia del carácter adjetivo que el compuesto resultante adquirió secundariamente; la consecuencia natural, cuando los compuestos exocéntricos como ῥοδοδάκτυλος, μέγας, etc., al aplicarse en aposición como determinantes de otro sustantivo, se convirtieron en adjetivos. Es decir, que esos cambios no constituyen ni la esencia del fenómeno, ni la causa de que el compuesto adquiriese un valor posesivo, como al parecer creyó Brugmann, *IF* 18, 1905, p. 59 ss. Valor éste que, como digo, fue un resultado secundario de su uso adjetival. Lo que define y constituye la esencia de los exocéntricos (de los antiguos como de los de las lenguas modernas) es que en ellos la parte se identificó con el todo<sup>1</sup>.

Y, naturalmente, sobre este supuesto hay que excluir que los compuestos con prefijo puedan reducirse a la misma explicación, y que pertenezcan al mismo tipo que los exocéntricos propiamente dichos. Queda la cuestión de cómo podrían haberse formado, ya que la explicación que de ellos suele darse es a todas luces insuficiente. Pero en relación con los compuestos con prefijo hay un hecho de gran interés. Y es que lo peculiar de tales compuestos consiste en que el sentido, de suyo local, de las preposiciones, aparece en ellos convertido en un matiz intensivo, o en uno atenuado, que evidentemente no fue más que un desarrollo semántico de aquél. Pues, como hemos visto, ese fenómeno lo presentan en latín y en las otras lenguas ide. los compuestos con las preposiciones correspondientes o con otras análogas. Por ejemplo, en latín los compuestos con *ad-*, *con-*, *ex-*, *in-*, *ob-*, *per-*, *prae-*, *sub-*, y en

<sup>1</sup> Como indicó Petersen, *loc. cit.*, y como entrevieron ya Osthoff, *Verbum in der Nominalcomposita*, p. 128, y Wackernagel, *Ai. Gramm.* I, p. 288.



·germ. los con *en-*, y en ai., aesi., lit. y celta los con *per-*, y en ai. y avest. los con *pro-* (ai. *prátavas* 'muy poderoso', *prāsú* 'muy rápido', avest. *prapiḥwa* 'bien alimentado', etc.). Por lo demás, se ve que también en griego, como en latín, los compuestos verbales con tales prefijos presentan con frecuencia convertido en intenso el valor local propio de las preposiciones. Con más frecuencia y firmeza que en los nominales. Luego todo hace pensar que todas esas formaciones se reducen a un fenómeno único, y que por lo tanto debieron originarse en las diversas lenguas del mismo modo y a través del mismo proceso que en latín; es decir, por la unión directa de las preposiciones a los temas verbales, y por una extensión a los temas nominales del tipo surgido en los temas verbales.

Los problemas que surgen dentro de esta hipótesis son dos. Uno, el que en Homero la mayoría de tales compuestos apenas habían comenzado a desarrollarse, y el que de alguno de los grupos, como los con *ὑπο-*, no hay en él ningún indicio, lo cual al parecer hace imposible que puedan reducirse con los de las otras lenguas al origen único (es decir *ide.*), que su identidad de naturaleza parece exigir, aparte de que a su vez tampoco los compuestos de las otras lenguas, y en particular los del latín, dada su escasa vitalidad en la época más antigua, parece que puedan remontar al *ide.* Y otro, el que en las lenguas distintas del griego esos compuestos suelen llevar como segundo miembro un adjetivo, mientras que en griego está extendidísimo el tipo con un tema sustantivo en ese lugar. Pero del primer punto me ocuparé más adelante, al hablar de la historia de los compuestos latinos. Y en cuanto al segundo, ya he dicho que la concordancia de todas las lenguas fuera del griego obliga a suponer que el tipo originariamente tuvo que constituirse en formas con prefijo más adjetivo, y que el con prefijo más sustantivo debió surgir como un desarrollo secundario peculiar del griego. Cosa que en un número especial de casos admite ya como posible Schwyzer, pues, a propósito de los compuestos atenuados con sustantivo por segundo miembro, como *ἐνερευθής*, *ἐμπευκής*, *ἐγχαλκος*, *ἔμμιλτος*, *ἐμπόρφυρος*, etc., dice (II, p. 457) que tal vez se formasen sobre los compuestos de igual sentido con adjetivo en el segundo miembro; con compuestos como *ἐνισχνος*, *ἐμπικρος*, *ἐνδασυς*, etc.

¿Que cómo pudo producirse el paso de un tipo a otro? Pero en *ide.* la diferencia entre adjetivo y sustantivo nunca fue grande. La prueba es que una multitud de sustantivos se construyeron con sufijos en principio adjetivales y tuvieron temas idénticos a los adjetivos. Por otra parte, en griego hubo una serie numerosa de compuestos con valor y carácter de adjetivos fundados en temas sustantivos. Así los llamados

«exocéntricos»: ῥοδοδάκτυλος, χρυσοκόμας, etc. Y los determinativos de rección verbal: ἀρχέκακος, ἐχέθυμος, φερέοικος, τανύπεπλος, τερψίμβροτος, etc. Y los mismos hipostáticos, que con el tiempo se alargaron muchas veces con el sufijo adjetivo -ιος: ἀποθύμιος, ἐπιχθόνιος, ἐφημέριος, παραθαλάσσιος, etc., pero que originariamente se construyeron sobre el tema sustantivo puro convertido en adjetivo: ἔντονος, ἔκτοπος, ἐφήμερος, παράλογος, ὑπεράνθρωπος, etc. Por lo demás, es claro que a lo que las preposiciones en su sentido más propio (el local) decían relación era a sustantivos o verbos, no a adjetivos. No tiene, pues, nada de extraño que por todas estas razones los griegos tuviesen la impresión de que en los compuestos con prefijo podían emplearse indistintamente en el segundo miembro temas adjetivos o sustantivos. Y en consecuencia se comprende que no tuviesen reparo en formar compuestos como περικαλλής, περιμήκης, o como ἔνκαρπος, ἔνυδρος, o como ἐπήρετος, ἐπίποκος, o como κατάκαρπος, κατάχαλκος, κάθυδρος etc., a partir de compuestos con adjetivos por segundo miembro de composición, como περιδέξιος, περικλυτός, o como ἐναλίγκιος, ἔνδηλος, o como ἐπαινός, ἐπίμεστος, o como καταριγηλός, κατάξιος, etc.

Por lo demás, es claro que por la forma los intensivos se acercaban a otros tipos de compuestos, por ejemplo, a los hipostáticos. No tiene, pues, nada de particular, sobre todo dada la debilitación semántica típica de las expresiones intensivas, que ante una forma dada los autores vacilasen y la usasen en acepciones ligeramente distintas; y que a veces a un compuesto intensivo lo tomasen por otro de tipo distinto. Por ejemplo, el que a ἔνυδρος unos (Esquilo y Heródoto) lo interpretasen por 'rico en aguas' y otro (Eurípides) por 'formado por agua' y otros (Sófocles y Aristóteles) por 'habitante en el agua'. Lo cual indica que estos últimos debieron ver en ἔνυδρος un hipostático. Y confusiones parecidas pudieron darse en otros casos similares. Tendencia que pudo verse favorecida por el valor posesivo que los compuestos intensivos entrañaban en muchos casos: 'muy claro, muy hábil, muy fuerte, muy hermoso' = 'de gran claridad, habilidad, fuerza o hermosura'.

La objeción que se ha hecho contra la explicación de los exocéntricos aquí propuesta es que el tipo de compuestos determinativos, en los que los exocéntricos parecen apoyarse, está poco desarrollado en la época más antigua. Una de las pruebas que se aducen en relación con esto es que en Homero no aparece ἀκρόπολις hasta la *Odisea* frente al ἀκρη πόλις de la *Ilíada*. Pero esto pudiera deberse a que ἀκρόπολις con tres breves seguidas ofrecía un grupo difícil de encajar en los hexámetros. De cualquier forma parece que, aunque menos desarrollados que los exocéntricos, también los determinativos debieron existir desde

la época antigua. Así gr. ἀκρόπολις, μητρόπολις, νεκρόπολις, ἰατρόμαντις, μεσόγαια, ἀγριάμπελος, καλλίπαις, ἑκατόμβη, τριώβολον, τρίπους, Πανέλληνες, Παναχαιοί, ἐλευθερολάκωνες, βαθυρυγή, γήλοφος, ταξίαρχος; y lat. *dūracinus*, *sē-libra*, *sēmodius*, *primi-pilus*, *angiportus*, *meridiēs* < \**mediei-die*, *hodiē*, *decemuīri*, *centunuīri*, *Iuppiter*, vocativo de \**diu-pater*, *Mars-piter*, y según suele admitirse *hospes* < \**hosti-potis*<sup>1</sup>, etcétera; e indio *tatpuruṣa* 'este hombre', *mahā-deva* 'gran dios', *madhyāhna* 'medio día', *priya-sakhī* 'querida amiga', *mad vāc* 'mi voz', etc.

Lo extraño, sin duda, es su escasa vitalidad respecto a la de los exocéntricos. Pero no hay que olvidar que los exocéntricos fueron por esencia un procedimiento predilecto y específico de la alta poesía. No tendría, pues, nada de extraño que su mayor frecuencia se debiese a que se fundaba en un artificio estilístico, propio sobre todo de la lengua poética.

Estas observaciones, como he apuntado más arriba, no pretenden agotar ni remotamente el estudio de los hechos griegos. Pero he creído indispensable hacerlas, porque a mi juicio es evidente la relación entre ellos y los externamente parecidos de otras lenguas; y porque en consecuencia sólo a través de un estudio comparativo se puede aspirar a comprenderlos, tanto a ellos como a los de las otras lenguas. Y en particular sólo ese estudio comparativo nos permite aclarar una de las cuestiones fundamentales, y que ha sido la causa principal de que no se les haya comprendido. A saber, la referente a la fecha de su origen, y en particular a la fecha de origen de las formas latinas con *per-*, que es la cuestión que ha suscitado más controversias y dista mucho de estar resuelta. Pues, naturalmente, la existencia en las más diversas lenguas del tipo con las mismas características (es decir, con el mismo sentido y la misma estructura y los mismos elementos constitutivos) parece probar que la formación debió tener un origen único y proceder del ide. Pero esa impresión está destruida, por otra parte, por las circunstancias en que se nos presentan las formas latinas, y a las que he aludido al principio de este trabajo.

Por ejemplo, en primer lugar, por la escasa vitalidad de las diversas clases de formaciones. Pues si se prescinde de los grupos con *per-* (323 ejemplos) y con *sub-* (unos 150 ejemplos) y con *prae-* (unos 110 ejemplos), el número de ejemplos de las otras formaciones, a lo largo de toda la literatura, apenas llega a unas docenas en el grupo más numeroso,

<sup>1</sup> Aunque ya indiqué en *Actas del 5.º Congreso Español de Estudios Clásicos* que a mi juicio *hospes* no fue más que el resultado de una disimilación de \**hostes*, \**hostitis* en *hospitis*, traspasado luego al nominativo.

el de las con *in*-<sup>1</sup>. Cantidad naturalmente insignificante, y sin duda al parecer inconcebible, si la formación procediese del *ide*. E incluso entre los grupos que habrían de alcanzar una cierta extensión, se ve que en una obra como la de Plauto el de los ejemplos con *prae*- no está representado más que por dos casos (*praeclarus* y *praepotens*), y el de los con *sub*- con once. Cantidades que tampoco parece que puedan conciliarse con la idea de que la formación fuese una herencia *ide*. El que demuestra un cierto mayor arraigo ya a principios de la época literaria es el de los compuestos con *per*- (20 ejemplos en Plauto y 43 en total en la literatura anterior a Cicerón). Pero claro está que cuando éste adquirió plena vitalidad fue en Cicerón (128 ejemplos), a cuyo influjo hay que atribuir en buena parte la supervivencia del procedimiento en la época posterior (con otras 147 formaciones nuevas). Lo cual parece indicar que fue en latín y no en *ide*. donde la formación debió incubarse.

Y de acuerdo con esto tenemos que nunca se da correspondencia entre los temas sobre los que aparecen contruidos los compuestos latinos y los externamente parecidos de otras lenguas. Y en favor de esa hipótesis habla también el hecho de que la mayoría de los compuestos latinos tuvieron un uso limitadísimo. La prueba es que entre los 323 ejemplos con *per*- sólo, aproximadamente, un 10 por 100 cuentan en su haber con más de dos testimonios. Proporción que vuelve a darse en términos parecidos en las demás clases de compuestos. Lo cual produce la impresión de que debió tratarse de una formación artificiosa y precaria; de una formación que a principios de la época literaria no se había aún consolidado, y que nunca llegó a realizarse plenamente. Y esta impresión está reforzada por una serie de particularidades fonéticas. Por ejemplo, por el uso de autores como Plauto, Terencio y Cicerón, que se permitieron a veces en los compuestos con *per*- romper la unidad del compuesto por medio de la *tnesis*. Y lo más sorprendente de todo es que ni en los casos con *per*- ni en las otras clases de compuestos parece a primera vista que se diesen los efectos de la apofonía y de la síncope, que tan profundas huellas dejaron en el vocalismo latino. Hechos todos que, como se ve, hacen al parecer imposible la hipótesis del origen *ide*. de la formación.

Desde luego que en los considerados intensivos por antonomasia, es decir, los con *per*-, la mayoría de los autores no han querido tener

<sup>1</sup> Los datos relativos a las formas con *per*- y *prae*- los tomo, como he dicho, de André, *loc. cit.*, y los referentes a las con *sub*- de Díaz y Díaz, *loc. cit.* Rebajo un poco las cifras que se desprenden de las listas de Díaz, porque éste incluye en ellas una serie de ejemplos claramente hipostáticos.

en cuenta estas circunstancias<sup>1</sup>. No han querido tenerlas en cuenta, porque les ha parecido que la existencia de la formación en las más diversas y distantes lenguas del ide. excluía cualquier duda sobre su origen ide. El que advirtió la dificultad de encajar en esta hipótesis los hechos latinos fue Leumann, *Festschr. Wackernagel*, p. 339 ss. Leumann en concreto vio, o mejor dicho creyó ver, como todos los autores, que entre los compuestos latinos de este tipo no había ninguno que hubiese sufrido los efectos de la apofonía. Cosa sin duda inconcebible si la formación hubiese procedido del ide. De donde dedujo que la formación no pudo ser una herencia del ide. No sólo esto, sino que ateniéndose a ese conjunto de circunstancias a que aparecen ligadas, él pensó que las formas latinas con *per-* no pudieron ser anteriores al siglo III, en el que la apofonía dejó de surtir efectos<sup>2</sup>.

Pero, por otra parte, Leumann se dio cuenta de que si el *per-* de los compuestos latinos hubiese sido la preposición \**peri* de los intensivos de las otras lenguas, era a su vez imposible que las formas latinas no hubiesen tenido el mismo origen que las de las otras lenguas; es decir, que no hubiesen venido del ide. Y en consecuencia no encontró más solución al problema, siguiendo una indicación de Niedermann, *RhM* 51, 1896, p. 502, que separar las formas latinas de las formaciones al parecer correspondientes de las otras lenguas. Es decir, él creyó que el *per-* de los compuestos superlativos latinos no fue más que la partícula pospositiva enclítica *-περ*, que en griego aparece unas veces con un valor de insistencia, parecido al del esp. 'también, ciertamente', *μίνυνθα περ, ὀλίγον περ, μάλα περ*, y otras con uno concesivo, *καίπερ, ἀγαθός περ*, y de la que quedaron huellas en formas como lat. *nūper, semper, topper*, y en osco *petirop* 'quater', umbro *triope* 'ter', y según él en lat. *parumper, paulisper, tantisper, pauxilisper*. El que la partícula pospositiva se hubiese convertido en prefijo no habría sido más que una consecuencia de que la partícula, que podía afectar a cualquiera de las palabras entre las que iba colocada, se sintió atraída por la siguiente, y de enclítica se convirtió en proclítica.

Teoría que por cierto en un momento dado, hace ya bastantes años, también a mí me sedujo (cf. *Estudios de Fonética*, 1949, p. 1 ss.). Me se-

<sup>1</sup> Ni los helenistas como Debrunner, Schwyzer, ni los latinistas como Ernout-Meillet, Walde-Hofmann, André, Bader, etc.

<sup>2</sup> Sobre la fecha exacta en que la apofonía dejó de surtir efectos no es cosa ahora de entrar en discusiones. Pero parece ser que ejemplos como *apica*: ἀπικός, *anguina*: ἀγγώνη y *Numidae*: Νόμαδες permiten extenderla hasta ese siglo III. Pues no parece probable que los romanos conociesen esas palabras, en particular *Numidae*, antes de sus luchas con los cartagineses.

dujo porque me pareció que los hechos de que partía tenían una fuerza impresionante, y porque fuera de ella no vi que pudiese superarse la antinomia que estos hechos plantean. E incluso pensé que pudiera completársela con una hipótesis, que hoy considero, por lo menos en alguno de sus puntos, absolutamente desafortunada. Sólo en algunos de sus puntos, porque una de sus ideas fundamentales creo que sigue teniendo validez. Es decir, la referente a que formas como *tantisper*, *paulisper*, *aliquantisper*, *pauxilisper* y tal vez *parumper* procedieron de compuestos como *\*pauli-super*, *\*tanti-super*, etc. (sobre genitivos de precio *tanti*, *quanti*, *pauli* más *super*, con acento de enclisis), de donde con síncope *tantisper*, *paulisper*, etc. y tal vez *parumper*<sup>1</sup>. Lo que hoy

<sup>1</sup> Estos efectos del acento de enclisis en el tratamiento de las vocales de la palabra enclítica son fenómenos en los que hasta ahora no se ha reparado, pero que sin duda se dieron en otros casos. Así en *tantisper*, *paulisper*, etc. Y así en *ergō*, conjunción ilativo-consecutiva con el sentido de 'por lo tanto', 'en consecuencia', y por otra parte preposición con el sentido de 'a causa de': *uirtutis, fidei, eius rei ergo*, etc. Forma que desde hace más de un siglo viene explicándose como un compuesto salido de la expresión *\*ē regō* o *\*ē rogō*, sobre un supuesto *\*regus* (< *regere*) = *regio*, según se dice con un supuesto desarrollo semántico parecido al que se da en *hinc*, *inde*, *unde* 'de aquí, de ahí, de donde' o 'por lo tanto'. Así ya Corssen I, p. 449 ss.; Vaniček, *Etym. Wb.*, p. 229, etc.; y más modernamente Walde, *Wb.*; Walde-Pokorny II, p. 363; Ernout-Meillet, *DELL*; Walde-Hofmann, *Wb.*; Schmalz-Hofmann-Szantyr, p. 511, etc. Pero en latín ni se encuentra atestiguada nunca tal expresión, ni hay el menor indicio de que hubiese existido el supuesto *\*regus*/*\*rogus*. Ya que *regio* pudo salir directamente del tema verbal como *legio*, *religio*, *optio*, *ūsūcapio*, etc. Y fonéticamente tampoco parece que se diesen síncope en las circunstancias que habría que suponer en *\*ē rogō*. Y lo más inconcebible de todo es que a partir de un simple *\*ē regō*, sin la menor referencia a un anafórico o relativo, pudiese desarrollarse el sentido de 'en consecuencia', 'por lo tanto', 'a causa de'. En relación con esto no significan nada los casos como *hinc*, *inde*, *unde*. Pues en todos ellos los elementos *-nc*, *-nde*, indicadores de la procedencia, se apoyaban en los temas pronominales *\*hi*, *\*ei*, *\*quo*, que fueron los que dieron al conjunto el sentido consecutivo: 'de aquí, de ahí, de donde'. Sentido que no se ve cómo podría haberse desarrollado en el simple *\*ē regō* = *e regione*, al faltarle todo punto de referencia. Aparte de que esta interpretación nos obligaría a suponer que *ergō* habría nacido con el carácter y valor de una preposición, de donde se habría desarrollado su uso como conjunción. Hipótesis a su vez sumamente inverosímil. Pues, aunque su uso como preposición está atestiguado en las XII Tablas, no quedaron vestigios de él más que en zonas típicamente arcaizantes de la lengua: los poetas dactílicos y la lengua religiosa y jurídica; nunca en poetas como Plauto, Terencio, ni en general en los prosistas, que para expresar ese valor se valieron de *ergā*, sin duda un sucedáneo de *ergō*, creado por analogía de *causā*, *gratiā*. Lo cual indica que *ergō* tuvo que surgir como adverbio; es decir, como complemento de expresiones verbales. Y una segunda consecuencia que se deduce de su uso en función de preposición, como muchas

no puedo desde luego aceptar es que el *-per* de insistencia 'ciertamente' de *nūper*, *semper*, *topper*, *antioper*, con correspondencias en osco-umbro, tuviese relación con ese *-per* de *tantisper*, etc. Y, aparte de esto, hoy tampoco puedo aceptar la hipótesis de Leumann de que el *-per* pospositivo, cualquiera que fuese su origen, pueda explicar el *per*-superlativo latino. No puedo aceptarlo, en primer lugar, porque en latín es desconocido el uso enclítico independiente de *-per* detrás de las palabras, de las que según Leumann habría salido el *per*-proclítico; es decir, detrás de adverbios como *hau-*, *non-*, *adhuc-*, *tum-*, o de pronombres como *qui-*, *quid-*, *tu-*, *ipse-*, *illud-*, o de conjunciones como *nam-*, *namque-*, *quia-*, *si-*, *cum-*. Y además, y sobre todo, porque el uso de la preposición *per* como prefijo de valor intensivo está atestiguado, además de en latín, en un conjunto numeroso de las lenguas ide. Y está además confirmado, como hemos visto, por el uso idéntico en las diversas lenguas ide. de otra serie de preposiciones. No cabe, pues, duda de que se trató de un procedimiento morfológico común a las más diversas preposiciones, y que el

---

veces en su función de conjunción, es que debió surgir en segundo lugar, tras la palabra que formó grupo sintáctico.

Ahora bien, se ve que una de las construcciones en que el *ergō* alcanzó mayor frecuencia de uso fue junto a imperativos o subjuntivos exhortativos y junto a pronombres interrogativos: *dic ergō*, *abi ergō*, *eamus ergō*, *quid ergō*, *cur ergō*, etc. Y en el latín familiar es sabido que fue una costumbre corrientísima el complementar los imperativos y subjuntivos, sin duda para atenuar su carácter de suyo enérgico, con expresiones diversas de cortesía y en especial con ciertos verbos de súplica: *dic quaeso*, *dic amabo*, *dic obsecro*, *age sis*, *eamus sultis*, etc. No tiene, pues, nada de particular que de acuerdo con esta tendencia se llegase a expresiones como *tace rogō*, *mane rogō*, *perge rogō*, etc. Y no tiene nada de extraño que por la frecuencia de tales construcciones, en la época anterior a la fijación del acento por la cantidad de la penúltima sílaba, el verbo segundo se degradase semántica y fonéticamente y quedase reducido a una enclítica; es decir, que se formasen grupos como *tacé-ergō*, *mané-ergō*, *pergé-ergō*, etc. Grupos que bajo el influjo del acento enclítico era natural que se sincopasen y se convirtiesen en *\*manergō*, *\*pergergō*, *\*tacergō*. No sólo esto, sino que bajo el doble sentido que encerraban, se comprende que tales grupos se desintegrasen y diesen origen de nuevo a dos palabras: *mane ergō*, *perge ergō*, *tace ergō*, etc.; algo así como de *necessum est* > *necessesit* se sacó posteriormente *necesse est* (cf. EMERITA 43, 1975, p. 25). Y una vez constituido el *ergō* con el valor de 'por lo tanto, en consecuencia, pues', se ve que era completamente natural su paso a casos como *cūra ergō*, *audi ergō*, y su uso como preposición y su paso al primer lugar de la frase. El punto al parecer más oscuro de esta hipótesis es que precisamente de la expresión *tacē rogō* y *pergō rogō* no se dan ejemplos en Plauto. Pero entiendo que esto más que una objeción constituye un argumento nuevo en favor de la hipótesis. Es que en tiempos de Plauto se sintió todavía que el *ergō* era una continuación de *rog.*

lat. *per-* no pudo ser más que el representante de la preposición \**peri*, que encontramos en los compuestos de otras lenguas.

El punto oscuro de esta hipótesis radica en que a primera vista no se ve cómo esta concepción pueda conciliarse con las circunstancias a que aparecen enlazados y con las particularidades que presentan los hechos latinos. Pero hoy tampoco creo que esas circunstancias y particularidades tengan el valor que Leumann les atribuyó y que prueben precisamente el origen tardío de las formaciones latinas. Y no lo creo porque esos hechos (es decir, el escaso rendimiento en general del procedimiento, y su desarrollo en gran parte artificioso, y el que el proceso de la composición no llegase de ordinario a cerrarse del todo, y de ahí la tmesis) pudieron deberse, no al origen tardío del procedimiento, sino a que en latín, por la causa que fuere, tropezó con dificultades (que sin rechazarle del todo coartaron su vitalidad). Por la causa que fuere, pero que sin duda debió consistir en que se le sintió como algo atípico; como algo que chocaba con otras tendencias profundas de la lengua<sup>1</sup>.

Y, en cualquier caso, el que entre todos esos hechos tiene a mi juicio menos valor es el que debió constituir el principal argumento para que Leumann rechazase la relación de los compuestos latinos con los análogos de otras lenguas. A saber, su creencia de que los compuestos con *per-* no sufrieron nunca los efectos de la apofonía. Argumento que sin duda, de ser cierto, constituiría una razón suficiente para rechazar la relación de los hechos latinos con los de otras lenguas, y por lo mismo el origen ide. de la formación latina. Pues, realmente, a partir de que las formas latinas procediesen del ide., es sumamente difícil (es, por decirlo así, imposible) que hubiesen podido escapar a un cambio tan general como la apofonía. De modo que a mi juicio es una incongruencia admitir con Leumann que las formas con *per-* no sufrieron los efectos de la apofonía y creer por otra parte que pudiesen proceder del ide. Lo que ocurre es que ese argumento carece de fuerza, porque en latín hay pruebas de que los compuestos con *per-* y *prae-* (y con otros prefijos) se vieron afectados a veces por la apofonía. Y al hablar de este modo me refiero, como digo, no sólo a los compuestos con *per-* y *prae-*, sino en general a los formados con cualquier clase de preposiciones, cuando el compuesto tuvo un sentido intensivo. •

Así, en primer lugar *pertinax*, en el que los autores suelen ver no un compuesto directo de *tenax*, sino un derivado de *pertinēre*<sup>2</sup>. Hipóte-

<sup>1</sup> Sobre esto *vide infra*, p. 445.

<sup>2</sup> Así entre otros Ernout-Meillet, *DELL*; Walde-Hofmann, *Wb.*; André, *loc. cit.*, p. 150; Bader, *loc. cit.*, p. 271.



sis que se quiere apoyar en *peruicax*, según se dice derivado de *peruincere*. Pero con independencia de cómo haya que interpretar a *peruicax*, es evidente que *pertinax* 'tenaz', por muchos malabarismos que quieran hacerse con la semántica, no puede derivar de *pertinēre*, que nunca significó más que 'pertenecer'<sup>1</sup>. Como se explica con toda sencillez y a toda satisfacción, tanto en el plano semántico como en el morfológico y fonético, es a partir de un *\*pertenax*, compuesto de *tenax*. Forma que a su vez se comprende que bajo el efecto de la apofonía se convirtiese en *pertinax*. Esta relación la vio ya Plauto, *Capt.* 289: *tenaxne pater est eius?*; *immo, edepol, pertinax* (forma que Lindsay prefirió leer *pertenax*, frente a los *codd.*, en juego aliterante con *tenax*). En todo caso es claro que para Plauto *pertinax* fue semánticamente el equivalente intenso de *tenax*. Luego contra la opinión al parecer generalizada hay que concluir que no pudo ser más que el resultante de *\*pertenax* con apofonía<sup>2</sup>, como vio bien ya Stolz, *H. Gr.*, 1894, p. 397.

Y otro caso parecido es *pertisum* (var. de *pertaesum*), atestiguado en Lucilio, *Sat.* 964 M., y mencionado por Cicerón, *Or.* 159 y P. F. 239, 9. Forma que los gramáticos modernos toman no por un compuesto nominal (de *\*taesus*), sino verbal (de *pertaedet*), y a la que suelen poner a cuenta de las tendencias analogistas de Escipión Africano (Stolz-Leumann, *H. Gr.*, p. 91, y *Allg. Teil*, p. 5). Pero del compuesto *pertaedet* (con el tema de pres. *taedet*) no quedaron en latín más que tres ejemplos, todos en gramáticos y de fecha tardía: A. Gelio XV 20, 6; Cled. (*taeduit*) en *GLK* V, p. 58, 22<sup>3</sup>; Casiod., *Var.* III 21. Todo, pues, indica que se trata de formas ocasionales y artificiales, creadas por analogía de *pertaesum*. Lo cual quiere decir que *pertaesum* no pudo ser más que un compuesto sobre la forma nominal del participio *taesus*; algo así como sobre *-ōsus*, atestiguado en Plauto, se formaron los compuestos *exōsus* y *perōsus* (sobre el que secundariamente se creó un

<sup>1</sup> Ni derivar ni ser un contagio de *pertinēre*, que parece ser la interpretación propuesta por Stolz-Leumann, *H. Gr.*, p. 401.

<sup>2</sup> En cuanto a *peruicax*, desde luego no parece que pueda negarse su relación con *uincere*. Pero lo cierto es que a partir sólo de *uincere* o de *peruincere* resulta difícil explicar la pérdida de la *n* del verbo. Así es que por mi parte me inclino a pensar que ciertamente debió ser una formación sobre *uincere* o *peruincere*, pero influido por el cuasi-sinónimo *pertinax*. Es muy significativo a este respecto que en el primer testimonio de *peruicax* que conocemos, Enn., *Scaen.* 379, aparece asociado a *peruincere* y a *pertinax*: *peruince pertinaci peruicacia*.

<sup>3</sup> El *pertaeduit* de Cledonio aparece referido a Plauto, *Cas.* 986; pero se trata de un pasaje mutilo en la tradición directa, lo que le quita todo valor documental.

*perōdi*), y como sobre *-ēsus* se formó un *obēsus* (sobre el que secundariamente se creó un *obēdi*). Para el caso importa poco que de *taesus* no quedase ninguna huella en la tradición literaria, pues no cabe duda de que en la época más antigua tuvo que existir. El por qué la forma simple débil sólo en el participio se substituyó por la intensa es difícil de determinar. Pero en sí se ve que no tiene nada de particular, puesto que un fenómeno análogo se dio en otros casos: *ōdi*: *exōsus*, *perōsus*; *edo*: *obēsus*, etc.

Por lo demás, tal vez no puedan precisarse con seguridad absoluta las razones que llevaron a algunos a preferir el *pertisum* (que no sobrevivió) al *pertaesum*. Pero entiendo que el que *pertisum* no arraigase frente a *concisum* tuvo una causa clara. Y es que le faltó el apoyo de *\*pertidet*, que no pudo formarse porque en la época antigua no existió el *pertaedet*. Y naturalmente a falta de este apoyo me parece completamente inverosímil que ni Escipión ni ningún analogista hubiese querido imponer *pertisum* por una analogía de *concido* / *caedo*: *concisum*. Por otra parte, lo que se deduce de P. F., *loc. cit.* (*pertisum pro pertaesum dixerunt*), es que en la época antigua *pertisum* fue, no un capricho de algunos, sino una forma de uso corriente. Y se ve por Lucilio, *loc. cit.*, que los partidarios de *pertisum* fueron gentes eruditas, probablemente gramáticos, que conocieron el uso más antiguo: *quo facetior uideare et scire plus quam ceteri, pertisum hominem, non pertaesum dice*. A mí, pues, todo me lleva a pensar que efectivamente, antes de generalizarse el *pertaesum*, existió *pertisum* como resultado de la evolución fonética regular. Forma que los eruditos y arcaizantes quisieron mantener, aun en los tiempos de Cicerón<sup>1</sup>, pero que ya en tiempos de Lucilio, en la lengua corriente había sido suplantado por *pertaesum*, sin duda creación analógica sobre *taedet*. Una prueba más de que los compuestos intensivos con *per-* sufrieron los efectos de la apofonía.

Y en esta lista de ejemplos hay que incluir a *contumax* 'terco, recalcitrante, obstinado en su oposición'. Una palabra en cierto modo sinónimo de *pertinax*, y como ésta de carácter eminentemente intensivo. Carácter éste que tienen otro grupo de compuestos con el mismo prefijo *con-*: *concauos*, *condensus*, *condignus*, *compar*, *complures*, *consimilis*, *consūcidus*. Lo que demuestra que en latín, lo mismo que en otras lenguas, fueron varios los prefijos que dieron origen a compuestos intensivos. Y una palabra que los autores derivaron, unos de *contemnere* y otros de *tumēre* según nos dice Velio, *GLK VII 76, 7*: *in contumacia melius*

<sup>1</sup> Cicerón, *Or.* 159: *quidam pertisum etiam uolunt, quod... consuetudo non probauit.*

*pulo «i» seruari, uenit enim a contemnendo; tametsi Nisus et contumaciam per «u» putat posse dici a tumore.* Etimologías que en época moderna han querido revalidar algunos autores; por ejemplo, Müller, *Altital. Wb.*, la de *contemnere*, y Walde-Hofmann, *Wb.*<sup>3</sup>, la de *tumēre*, pero sin duda en el terreno semántico a todas luces insostenibles, como reconocen con razón Ernout-Meillet, *DELL*. Lo que no admite duda es que semánticamente *contumax* se confunde hasta cierto punto con *pertinax*. Y claro está que en el plano morfológico un compuesto como *\*continax* sería tan normal como *pertinax* (cf. los ejemplos arriba citados). Desde luego que *contumax* presenta frente a *\*continax*, que es lo que al parecer debería esperarse, dos diferencias fonéticas: la *u* interior y la *m* en vez de *n*. Pero naturalmente en una palabra con el grupo *con-* seguido de *n*, no tiene nada de particular que por una disimilación la segunda *-n-* se convirtiese en *-m-*. Y por supuesto que en una forma como ésa (la *e* interior ante labial y tras la sílaba anterior con vocal oscura) era natural que esa *e* evolucionase a *u*; cf. *occupo*, *nuncupo*, *monumentum*, *documentum*, etc.). Por cierto que en relación con el timbre de esa vocal, tiene un valor muy significativo el pasaje cit. de Velio. A pesar de que sin duda la preferencia de Velio por la *i* y la de Niso por la *u* estuvieron condicionadas por las hipótesis de cada uno sobre la etimología de la palabra. Pero lo cierto es que el pasaje de Velio revela una vacilación en la pronunciación con *i* y con *u* de la palabra. Una vacilación que se explica de manera natural a partir de un *\*continax* > *\*contimax* / *contumax*. Hemos visto por otra parte que tanto semántica como fonéticamente *contumax* se explica sencillamente a partir de *\*contenax*. Luego todo indica que debió ser ésa su forma originaria, y que como los adjetivos anteriores estuvo sometida a los efectos de la apofonía.

Y otro ejemplo de la misma naturaleza que los anteriores es *praeditus* 'muy dotado', de donde simplemente 'dotado, provisto de', y luego en el imperio con desarrollo secundario 'puesto al frente, prefecto'. Forma que sin duda, como suele admitirse, no pudo salir más que de *\*praedatus* < *datus*. Y forma a la que por esto los autores modernos suelen incluir, lo mismo que a *pertinax* y *pertaesus* / *pertisus*, entre los compuestos verbales. Pero lo cierto es que de *dare*, que dio origen a una multitud de compuestos con prefijo (*ub-*, *ad-*, *con-*, *dē-*, *di-*, *ē-*, *in-*, *ob-*, *per-*, *pro-*, *red-*, *sub-*, *trad-ere*)<sup>1</sup>, no existe ninguna forma personal compuesta con *prae*. Luego debemos pensar que *praeditus* no pudo ser más que un compuesto nominal, formado directamente sobre el participio *datus*, con independencia de las formas personales de *dare*. Un compuesto

<sup>1</sup> Sobre la relación de todos ellos con *dare*, cf. *EMERITA* 35, 1967, p. 1 88

de la misma naturaleza que *inclitus*, *infensus*, *inciens*, *exōsus* / *perōsus*, *obēsus*, *obmeritus*; y que *praeclārus*, *praediues*, *praedulcis*, y que otros muchos. Lo que constituye otra nueva prueba de que esta clase de formas fueron corrientes ya en la época de vigencia de la apofonía y que sufrieron los efectos de ésta como las palabras en iguales circunstancias fonéticas.

Y otro ejemplo del mismo fenómeno es *insula*, que los autores modernos han solido derivar de *in* más *salum* 'mar'. Así, Vaniček, *Etym. Wb.*, p. 298; Bezzemberger, *BB* 27, 1902-4, p. 148; L. Meyer, *GGA*, 1910, p. 25, y con dudas Walde-Hofmann, *Wb.*, de acuerdo con Mart. Capella VI 643, y P. F. 99, 2: *similitudine uidelicet earum terrarum, quae in fluminibus ac mari eminent suntque in mari*. Hipótesis que ciertamente corresponde al nombre que reciben las islas en otras lenguas ide., por ejemplo en gr. ἔναλος y ἐνάλιος, alem. mod. *Filand* 'rodeada de agua', aesi. *ostrov* 'en la corriente'. Pero en latín *salum* fue una palabra eminentemente poética, y de uso raro, y desconocida en prosa antes de Cicerón. Es, pues, sumamente dudoso que sobre ella pudiese haberse formado un *insula* anterior a Plauto. Y con más razón hay que descartar que pudiese proceder de un \**nisula* del osco \**nisida* < gr. νησιδα < νῆσος, como propuso Skok, *Glotta* 25, 1936, p. 222, y se inclinó a creer González Haba en *Thesaurus*. Esto lo admiten ya la mayoría de los autores. Y por lo demás, esas etimologías tienen otro inconveniente aún más grave. Y es que a partir de ellas es imposible explicar el segundo significado que *insula* tuvo; a saber el de 'casa de alquiler', o mejor dicho el de 'bloque de casas destinadas a alquiler', sobrevivido en el español *isla* 'manzana de casas'. Desde luego que esta dificultad suelen los autores darla por resuelta admitiendo la explicación de P. F., quien atribuyó esa acepción a que las *insulae* estuvieron rodeadas de calles y separadas unas de otras (98, 31): *insulae dictae proprie, quae non iunguntur communibus parietibus cum uicinis, circuituque publico aut privato cinguntur*. Pero lo que parece deducirse de todas las referencias es que esas casas de alquiler, por lo menos durante el imperio, consistieron en grandes bloques de viviendas adosados unos a otros como las grandes construcciones de las ciudades modernas. Cuando parece fue costumbre dejar un pasillo o *ambitus* entre las diversas casas fue en la época más antigua. Pero ése fue un pasillo o espacio muy estrecho de dos pies y medio. Y es completamente inverosímil que esa circunstancia pudiese sugerir la impresión del aislamiento de las islas en el mar. Y en todo caso sería una incongruencia que considerasen islas a construcciones que terminaron formando grupos solidamente unidos, y no a las *domus* o casas particulares, que fueron las que siempre estuvieron ver-

daderamente aisladas. Hay, pues, que deducir que la interpretación de P. F. no fue más que el producto de una etimología popular. Frente a esto es claro que a los dos sentidos de la palabra, el de 'tierra firme' y el de 'bloque sólido de casas', se puede llegar perfectamente a partir de la raíz \**solos* 'compacto, entero, firme, sólido'. Y ya hemos visto que el uso de *in-* como prefijo intensivo fue un procedimiento corriente en latín. Luego debemos concluir que *insula* no pudo ser más que eso; es decir, el resultado de un compuesto intensivo de *in-* más \**solos*, con cambio apofónico de su *o* en *u*.

Y otro ejemplo del mismo fenómeno es *oppidum* 'fortaleza, plaza fortificada', y *locus in circo, unde quadrigae emittuntur* así (P. F. 201, 7, de acuerdo con Varrón, *L. l. V* 153). Una forma que ya en principio los autores relacionaron con \**pedum*, ai. *padám* 'paso, huella, lugar', av. *pada-* 'huella', gr. *πέδον* 'suelo' y *πεδίον* 'llanura', umbr. *peřum* 'solum', pero que ellos interpretaron como un hipostático equivalente a τὸ ἐν τῷ πεδίῳ. Así Curtius, *Grundz.*, pp. 79, 245; Vaniček, *Etym. Wb.*, p. 154; Schrader, *Reallex.*, p. 793; Meringer, *IF* 18, 1905-6, p. 261; Hartmann, *Glotta* 4, 1926, p. 155, etc. Pero claro está que ese supuesto significado se compagina mal con la idea de 'fortaleza', que fue siempre la fundamental de *oppidum*. Pues las fortalezas siempre, y sobre todo en la prehistoria, se construyeron en lugares altos (cerros, cabezos, montículos, mesetas elevadas), que ofrecían de por sí las mejores facilidades de defensa. Más aún, todo indica que en las épocas más antiguas consistieron sobre todo en lugares altos, de difícil acceso, y que apenas necesitaban obras artificiales de defensa. Y por otra parte es claro que el sentido de 'en la llanura' tampoco se compagina con el de un compuesto con el prefijo *ob-* 'delante'. Ni además podría armonizarse con el de *oppidō* 'por completo', ni con el de *oppidum* 'carceres circi'.

Y de ahí que Kretschmer, *Glotta* 4, 1912, p. 304, pensó que *oppidum* debía considerarse un hipostático, pero salido de una expresión *ob pedes* 'delante de los pies', con el sentido de 'trinchera, parapeto, obstáculo, barrera'. Sentido que según él se habría conservado en el *oppidum* 'carceres circi', y que se habría desarrollado en el de 'fortaleza' o 'plaza fortificada'. Hipótesis que a Walde-Hofmann, *Wb.*, les pareció sugestiva, aunque no se atrevieron a aceptarla en firme. Pero claro está que delante de los pies hay innumerables cosas, que no dieron origen a un sentido como el de 'obstáculo', ni menos aún al de 'fortaleza'. Es decir, que la expresión *ob pedes* o *pedibus obesse* nunca parece que se usase con el sentido de 'impedir'. Y, por otra parte, es completamente inverosímil que un sentido general y fuertemente arraigado como el de 'plaza fortificada' fuese secundario respecto a un uso particular, como el de 're-

cinto cerrado' o 'recinto para encerrar carros', referido a un solo lugar de Roma, y que ya en tiempos de Varrón había caído en desuso. No sólo esto, sino que sobre esa base es imposible explicar el adverbio *oppidō* 'por completo', que no parece posible que pueda separarse de *oppidum*. Y de ahí que Ernout-Meillet, *DELL*, concluyen (sin duda a la luz de las hipótesis presentadas con razón) que sobre *oppidum* y *oppidō* no se pueden hacer (es decir, no se han hecho) más que hipótesis inseguras. Y la prueba es que ni Sommer, ni Stolz-Leumann toman en cuenta ninguna de las dos palabras.

Lo cual ha llevado últimamente a Peruzzi, *Homenaje a A. Tojar*, Madrid 1972, p. 375, a una nueva etimología. Una etimología que pretende derivar a *oppidum* de *pedum* 'cayado de pastor'<sup>1</sup>, al que da por equivalente de 'estaca'. De donde deduce que *oppidum* significó 'vallado de estacas, estacada, empalizada', frente a *urbs* 'fortificación con muros de piedra'. Pero lo primero que puede objetarse a esa interpretación es que *urbs*, con el tiempo designación de las ciudades populosas, en principio designó solo a Roma, la ciudad por excelencia. Y el más antiguo asentamiento de Roma, construido según Varrón conforme al estilo etrusco (*l. l.* V 14, 3: *ut fossa et muro essent muniti*) tuvo como primitiva defensa, no unos «muros de piedra», sino un «terraplén» (*terram introrsum iactam murum sc. uocabant*). Un terraplén del que debió ser un vestigio el *murus qui terreus uocatur*, que todavía existía en tiempo de Varr., *l. l.* V 48, en las Carinas. Parece, pues, imposible que la supuesta oposición entre *urbs* y *oppidum* pudiese ser antigua. Por lo demás, no puede negarse que las 'empalizadas' o 'estacadas' o 'entramados de vigas o troncos de árboles' debieron ser una de las formas más rudimentarias de defensa en las regiones llanas y boscosas. Y de ahí las indicaciones de César sobre los *oppida* de los celtas y britanos, *B. G.* V 21, 2: *oppidum Britanni uocant, cum siluas impeditas uallo atque fossa munitur*. Indicaciones a las que se acercan, en cierto modo, las noticias de Varrón sobre la manera de cómo los más antiguos etruscos construyeron sus ciudades (*uallo et muro*). Pero en Italia a lo que se refieren siempre los *oppida* es a poblados con fuertes fortificaciones de piedra. Y por lo demás, en latín *pedum* nunca significa 'estaca', ni 'vigas o troncos de árboles', sino en concreto y particular 'cayado de pastor', y tal vez 'flauta'<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Cf. P. F. 232, 1: *baculi genus incuruum*, y CGL V 232, 8: *uirga pastoralis... qua pedes ouium tondendarum capiuntur*.

<sup>2</sup> Digo esto porque en relación con *pedum*, al que los gramáticos definen como *baculi genus incuruum* y como *uirga pastoralis*, ocurre una cosa algo extraña.

Por otra parte, no se comprende qué otro sentido podría haber tenido un *oppidum*, hipostático de *ob* + *pedum*, que el de 'delante de las estacas'. Sentido claramente inconciliable con el de 'fortaleza'. Creo, pues, que tenemos motivos más que suficientes para rechazar igualmente tal etimología.

---

Y es que el único ejemplo con que lo documentan es con Virgilio, *Eclog.* V 88: *at tu sume pedum, quod me cum saepe rogaret | non tulit Antigenes (et erat tunc dignus amari)*, dando por supuesto que no tuvo más sentido que el de 'cayado'. Opinión que al parecer está confirmada por el verso final siguiente: *formosum paribus nodis atque aere, Menalca*. Lo que ha hecho que esa tradición e interpretación haya sido universalmente aceptada por los modernos, que traducen unánimemente 'un cayado... hermoso por sus nudos simétricos y su empuñadura de bronce'. Pero a mí me parece que tal interpretación está en oposición clara con el sentido del contexto. Pues la égloga, una provocación poética entre dos pastores, Mopso y Menalcas, se resuelve con el reconocimiento por parte de ambos contendientes de que ninguno puede ser considerado superior, y con los regalos que mutuamente se hacen como pago de la apuesta.

Ahora bien, lo que Menalcas regala a Mopso es una *cicuta* o flauta; la *cicuta* con que solía acompañar sus canciones. Yo creo, pues, que lo que corresponde al contexto es que Mopso le regale a Menalcas algo parecido; algo relacionado con su canto, y no un cayado 'para coger las patas de las ovejas cuando se las iba a esquilar'. Por otra parte, resulta que entre las ideas de 'caña' o 'vara' y la de 'flauta' hay una afinidad profunda. Y de ahí el paso del primer sentido al segundo en *cicuta*, y en *calamus*, de donde esp. 'caramillo', y en *fistula*, de donde vasco *chistulari* 'flautista' (con el paso de *f* a *c* y de *c* a *che* tan frecuente en el español popular: *Celipe, Cilomena, celpa, cenefa*, etc.). Y naturalmente se comprende que *pedum* hubiese pasado de igual manera al sentido de 'flauta', por su largura y redondez comunes a él y a las flautas. Desde luego que esto parece chocar con que al 'cayado' lo definen los autores como *baculi genus incuruum*. Pero esto pudiera ser un convencionalismo, en cuanto que los bastones suelen tener de ordinario, o muy corrientemente, una empuñadura curva. Pero claro está que entre los *pedum* pudo y debió haber los simples bastones o cayados lisos y sin empuñadura. Cosa muy frecuente entre los pastores y guardas de ganado aun en nuestros días. Lo que al parecer hace imposible esta interpretación es el verso final, que alude a un cayado con nudos y empuñadura. Pero ya digo que la suposición de un *pedum* 'cayado' rompe la antítesis y simetría que domina todo el desarrollo de la égloga. Y, por otra parte, me parece que un lujo como el de una empuñadura de bronce es una incongruencia en un cayado de pastores, que de ordinario están hechos de una sola pieza de madera, doblada en la empuñadura. Y además me produce la impresión de que el aludido Antígenes debió ser otro pastor poeta que lo que debió desear fue una flauta maravillosa como la de Mopso, y no un cayado. Por lo tanto me inclino a creer que el *pedum* de Virg. debió referirse más bien a una flauta, y que el verso final con *formosum paribus nodis* debe ser una interpolación. Una interpolación de algún gramático, desconocedor de los diversos usos pastoriles del *pedum*, y que lo adaptó al sentido de *pedum* más conocido en la tradición gramatical.

Para el caso importa poco el origen de *pedum*. Cuestión sobre la que Peruzzi no dice nada; y sobre la que Ernout-Meillet se limitan a remitir al *qua pedes ouium londendarum capiuntur*, dándolo al parecer como la verdadera etimología. Lo que ya es suponer. Los que dan algunas indicaciones, pero imprecisas y no muy lógicas, son Walde-Hofmann, *Wb.*<sub>3</sub>, quienes lo consideran un regresivo de *pedāre* 'arrodrigonar o sostener las vides con estacas'. Hipótesis imprecisa, porque no aclara el sentido exacto que atribuye a *pedum*; y poco lógica, porque hay una distancia demasiado grande entre 'apoyo para sostener las vides' y 'apoyo para caminar'. Aparte de que el sentido de 'instrumento' no parece que se ajuste al que de ordinario tienen los regresivos, 'resultado de la acción' o 'agente'. Lo que se ve es que en latín *pēs/pedis*, lo mismo que el esp. 'pie', adquirió a veces un sentido parecido al de 'sostén, apoyo', cf. *pedes mensae, lecti, subselli*, etc. No tiene, pues, nada de extraño que *pedum* adquiriese el sentido de 'apoyo para andar', directamente a partir de *pēs* y sin intermedio de *pedāre*, lo mismo que sin duda debió adquirir *pedō*, *-ōnis* el de 'rodrigón'. Y en cuanto al posible *pedum* 'flauta' ya he indicado que tampoco ofrecería ninguna dificultad desde el punto de vista semántico.

Frente a esto tenemos que entre las ideas de 'duro, sólido, compacto' y la de 'suelo' (es decir, 'suelo en cuanto apoyo sólido') hay también una profunda afinidad. La prueba es el *solum* 'suelo', sin duda, como hemos visto, de *\*solos*, gr. ὄλος, con geminación *sollus* 'compacto, entero, sólido, firme'. Y *pedum* hemos visto que, además de remitir al sentido de 'suelo', dio a veces derivados con el sentido de 'fuerte'. Así el gr. ἔμπεδος. Todo indica, pues, que en ide. hubo un tema *\*pedom* 'firme, sólido'. De momento importa poco el problema de su origen, aunque a mi juicio no tiene nada de extraño que procediese de la raíz de *pēs*, *pedis*, a través de su sentido de 'sostén, apoyo'. En todo caso ya hemos visto que el prefijo *ob-* en los compuestos tomó a veces un sentido intensivo: *obaerātus*, *obēsus*, *oblongus*, *oblūridus*, *obmeritus*, *obnizer*, *obscaenus/obscēnus*, *obscaenus*, *obuncus*, *obustus*. Luego debemos deducir que *oppidum*, antes *oppedum*, no pudo ser más que uno de esos compuestos, análogo al gr. ἔμπεδος, y con apofonía de su vocal interior. Lo cual a su vez nos da razón del adverbio *oppidō*, superlativo de *multum* 'por completo, enteramente', igualmente análogo al gr. ἔμπεδον. El sentido particular de 'cocheras del circo' (*carceres circi*) hay que suponer le vendría de que debió tratarse de una construcción con sólidos muros de piedra.

Y esta lista pudiera alargarse con algunos otros casos. Con algunos de los innumerables casos, hasta ahora inexplicados o insuficientemente



explicados, y que admiten una explicación sencilla dentro de las directrices aquí señaladas. Pero su estudio nos obligaría a dar a esta digresión una extensión desproporcionada. Así es que de momento prefiero dejarlos a un lado. E igualmente tampoco tomaré en cuenta el *praesulsus* 'muy salado' de Columela VI 2, 7, porque pudiera, tal vez, ser una analogía de *insulsus* (así André, *loc. cit.*, p. 150 y Bader, *op. cit.*, p. 363). Aunque dada la existencia de *salsus*, *persalsus* y *subsalsus*, a mí no me extrañaría que la analogía hubiese más bien actuado en sentido contrario; es decir, que hubiese mantenido la *a*, y que la *u* fuese más bien un error gráfico. Un error gráfico debido a que en ciertos tipos de escritura la grafía de la *a* se confundía fácilmente con la de la *u*. Confusión que en nuestro caso pudo estar favorecida por la existencia de *insulsus*.

Desde luego que el número de casos como éstos, aun incluyendo los que pudieran añadirse, es ciertamente limitado. Pero esto tampoco tiene en absoluto nada de extraño. No fue, como indicó André, p. 150, que la tmesis inicial hubiese salvado a las formas de la apofonía. Pues, en primer lugar, la tmesis fue un fenómeno que no se dio más que en uno de los prefijos intensivantes, el *per-*, y solamente en un número muy limitado de autores y de casos. Y naturalmente no se comprende qué influjo podría haber ejercido en todos los demás compuestos, en los que no se ve que desempeñase papel alguno. Aparte de que, según hemos visto, apofonías se dieron lo mismo en compuestos con *per-* que con otras preposiciones. Hay, pues, que pensar que la frustración de las apofonías tuvo que deberse sobre todo a dos causas principales. A saber, por una parte, a que muchos de los compuestos, llegados a nosotros, procedieron de una época histórica en la que la apofonía había dejado de surtir cambios. Y, por otra parte, a esa particularidad tan misteriosa que presentan los compuestos de la época histórica y que sin duda presentaron ya los de época más antigua. Es decir, al hecho de que en la inmensa mayoría de los casos los compuestos no llegaron a cristalizar en formas estables, consistentes y de uso general, sino que quedaron en el grado de formaciones ocasionales y efímeras, que no sobrepasan los límites estrechos de uno o dos autores. Pues, naturalmente, en estas circunstancias es claro que el uso en composición del segundo miembro tuvo que ser infinitamente menos frecuente que el uso de su forma simple. Es decir, que casos como *perfacilis*, *peramicus*, *perpaucus*, *permagnus*, etc., o como *subaquilus*, *subalbus*, *subagrestis*, etc., o como *adprobus*, *adaequus*, *adfaber*, etc., o como cualesquiera otros, fueron muchísimo menos frecuentes que los simples respectivos. Por lo tanto no tiene nada de particular que la mayoría de las veces,

aun en los compuestos que se formaron en la época de vigencia de la apofonía, no quedasen huellas de los efectos de ésta. No quedasen huellas, porque el cambio que ésta tendía a producir se vio contrarrestado por la analogía del simple.<sup>1</sup>

Y algo parecido hay que decir de ese hecho a primera vista tan extraño de que algunos autores, como Plauto, Terencio, Cicerón y posteriormente Gelio, se permitiesen a veces insertar entre los dos elementos del compuesto con *per-* una partícula o una palabra corta. Por ejemplo, Plauto: *per, Pol, saepe*; Ter., *per, Ecastor, scite*; Cic., *per gratum perque iucundum*; *per, enim, magni aestimo*; *per fore accommodatum*; *per mihi mirum uisum est*; *per mihi breuis*; *per, inquam, gratum feceris*, etc. Un fenómeno en el que también se ha querido ver un indicio de lo tardío de la formación, y cuya naturaleza exacta no parece que haya llegado a fijarse con precisión. Ya que, a pesar del parecido externo entre la tmesis de la alta poesía y la de Plauto, Terencio y Cicerón, hay diferencias esenciales que hacen imposible considerarlos fenómenos equivalentes. Pues, evidentemente, la tmesis de la alta poesía fue un arcaísmo en su sentido propio; es decir, consistió en la restauración de un tipo de construcción caído en desuso en la lengua corriente de la época, pero del que había quedado un recuerdo en los textos antiguos (en especial en la lengua religiosa), y que se encontraba respaldado por la poesía griega. Que fueron las circunstancias que facilitaron su adopción por los poetas latinos. Y por lo demás, esa adopción estuvo motivada por una causa clara; a saber, la necesidad de evitar el crético que contenían algunos compuestos, y que no hubiese podido entrar en los versos dactílicos: *inque cruentatus*, *inque salutatus*, *conque gregatus*, *deque totondit*, *disque tulissent*, etc. Una causa que naturalmente no pudo jugar ningún papel en las tmesis de Plauto, Terencio y Cicerón. Ya que éstos no tuvieron por qué evitar la dificultad con que se encontraron los poetas; aparte de que en el *sermo cotidianus* no se pueden suponer tendencias arcaizantes. De modo que en sentido propio es difícil que tales tmesis puedan calificarse de arcaísmos<sup>2</sup>. Hay, pues, que rechazar

<sup>1</sup> Y así se explica también el que la consonante final de los prefijos (en particular la de *per-* y *sub-*) no sufriesen la asimilación a la consonante final del segundo miembro: *perlaetus*, *perlepidē*, *perlouis*, *perlongus*, *perlubenter*; o *subflauros*, *subfuscus*, *submolestus*, *subpallidus*, etc. Es que en la mayoría de éstos las unidades logradas no fueron compuestos estables, sino formas ocasionales, efímeras y a medio cerrar. Y con esto la tendencia fonética a la asimilación se vio anulada por la analogía que tendió a mantener la forma normal del prefijo.

<sup>2</sup> Los que sí hay que considerar arcaísmos son los cuatro ejemplos de tmesis de Gelio, que en la forma son un calco claro de otros anteriores. A saber, II 18, 1:

la afirmación de Leumann, *loc. cit.*, p. 340, de que la tmesis fuese la supervivencia de una costumbre antigua. Aparte de que el que fuese una supervivencia se compaginaría mal con la hipótesis de Leumann de que tales compuestos tuviesen un origen tardío. Y aún menos puede considerarse una explicación la indicación de Bader, *op. cit.*, p. 364, de que debió tratarse de un tic o muletilla; es decir, de un reflejo inconsciente y sin sentido especial de algunos autores. Pues los tics son propios de gentes pobres en recursos de expresión, y que no dominan la materia de que hablan. Y es imposible suponerlos en autores como Plauto, Terencio y Cicerón, que supieron explotar con tal maestría los recursos expresivos del latín. Hay, pues, que pensar que la tmesis en ellos tuvo que esconder algún motivo estilístico. Es decir, que sin duda en esto tuvo razón Leumann, *loc. cit.*, al afirmar que la tmesis no fue una construcción arbitraria.

Y en relación con esto me parece que vierte una luz preciosa una observación de André, *loc. cit.*, p. 154, que aduce como paralelos otros tres ejemplos de Cicerón, a saber, *ualde, Mehercule, mihi gratum est, ad Attic.* XV 1; y *ualde, Mehercule, et suauem et grauem, ad Q. frat.* III 1, 19, y *ualde te mihi gratum fecisse*, 20. Pues en ellos se trata indudablemente de expresiones enfáticas y de intensidad sobrepotenciada. Esto hay que deducirlo de la interjección *Mehercule* que las refuerza. Y claro está que, en función de esta sobrecarga de intensidad, se comprende la separación del adverbio del adjetivo. Pues sin duda en la expresión normal (*ualde gratum* v *ualde suauem*) el adverbio, debido a su frecuencia de uso en tales expresiones, perdía parte de su fuerza, y probablemente, en la mayoría de los casos, en la lengua diaria quedaba átono (*ualde-grátum, ualde-suáuem*). Y lo mismo cuando al lado había una palabra fuertemente acentuada: *Per-saepe-Pól; Per-scite-Ecástor; ualde-gratum-Mehércule*. Cf. las expresiones correspondientes españolas con *muy* < *multum* y *gran* < *grandis*, con apócope de su sílaba final sin duda a causa de su uso proclítico: *muy-fuerte, muy-valiente, muy-seguro; gran-parte, gran-esfuerzo, gran-audacia*, etc. Mientras que en cambio, desligado del adjetivo de referencia, el *ualde* tenía que pronunciarse como tónico: *uálde, Mehércule, grátum*, con lo cual recuperaba su personali-

---

*per fuit familiaris*; III 6, 1: *per, Hercle, rem mirandam*; XIV 1, 10: *per autem, inquit, insequens*; XVIII 4, 2: *per, inquit, magister optime exoptatus* (cf. los ejemplos ya citados, y el *ualde, Mehercule* de Cicerón que citaré inmediatamente). Y lo mismo hay que pensar de los dos ejemplos de la lengua jurídica citados por André, dado que fue ése uno de los terrenos donde el arcaísmo echó raíces más profundas.

dad de palabra independiente y su plena fuerza expresiva. Es ése el sentido que a mi juicio hay que atribuir a esas construcciones con *ualde*.

Ahora bien, en las expresiones con *per-* en tmesis se dieron circunstancias muy parecidas a las que motivaron la transposición de *ualde*. Pues el compuesto iba a veces acompañado de una palabra enfática: *per, Pol, saepe; per, Ecástor, scite; per, inquam, gratum* (con *inquam* equivalente a una interjección enfática). Y naturalmente en ellas hay que suponer que, como en las con *ualde*, la existencia al lado de una palabra fuertemente acentuada tuvo que robar parte de su fuerza al compuesto, que incluso pudo quedar reducido a palabra átona. Es decir, que en tales casos dentro de la construcción normal, debieron producirse grupos como *persaépe Pol* o *persaepé-Pól*, *perscíte Ecástor* o *perscité-Ecástor*, con debilidad del compuesto. Desde luego que otras veces la tmesis se logró por otro procedimiento; es decir, por la inserción entre los elementos del compuesto de una enclítica: *perque iucundum*, *perque accommodatum*. Pero en estos casos se ve que la construcción normal hubiese dado origen a unidades lingüísticas excesivamente largas: *periucundumque*, *peraccommodatumque*. Lo cual sin duda hubiese obligado a acelerar el tempo de la pronunciación (al menos en el lenguaje de la conversación), con la consiguiente debilitación de la fuerza intensiva del compuesto. Y lo mismo hay que decir de los casos de enclíticas originariamente con más de una sílaba, que con el tiempo se convirtieron en palabras independientes y que muchas veces atrajeron a su acento a la palabra anterior. Por ejemplo, de construcciones como *hic-uero, nós-aulem, Caesár-quidem, permagni-enim, permirúm-mihi*, etc., convertidas con el tiempo en *hic uéro, nós áulem, permágni énim, permírum míhi*, etc., y luego en la lengua espontánea y rápida de la conversación en *hic-uéro, nos-áulem, Caesar-quidem, permagni-énim, permirum-míhi*, etc. Casos todos en los que, aparte la mayor rapidez de la pronunciación, se juntaba el que el compuesto quedaba fuera del acento, lo que hacía aún más débil su posición<sup>1</sup>.

Es decir, que los ejemplos de tmesis en los compuestos con *per-* se dan en circunstancias en que el sentido intenso de los compuestos

<sup>1</sup> Desde luego que los fenómenos de fonética sintáctica están muy poco explorados. Así es que no me extrañaría que estas explicaciones suscitasen algunos reparos. Pero debo advertir que esta aceleración permite explicar algunas de las particularidades más típicas e importantes de la métrica de Plauto. Por ejemplo los abreviamentos yámbicos, sobre los que existen ideas muy confusas, y que sin duda se debieron a una aceleración del tempo de su pronunciación, al quedar átonas. Esto aquí no puedo detenerme a demostrarlo, pero en ello se funda mi argumentación.

hubiese quedado debilitado en la construcción normal. Debilidad de la que sin duda quedaban detendidos mediante la disolución del compuesto en dos palabras independientes, cada una con acento propio: *pér, Pál, sáepe; pér, Ecástor, scíle; pérque iucúndum; pér míhi gráuis*, etc. Por lo demás, se ve que la unión del prefijo al segundo miembro de la composición fue de ordinario floja, por lo cual era natural que a los latinos les produjese la impresión de que continuaba siendo un adverbio parecido a *ualde*. Luego debemos pensar que la tmesis en estos casos no fue más que eso: un recurso estilístico para mantener a salvo la intensidad del compuesto, que en determinadas circunstancias habría quedado debilitada.

Tenemos, pues, que en realidad, y a pesar de lo impresionantes que parezcan, ninguno de los hechos aducidos por Leumann en favor del origen tardío de los compuestos con *per-*, tienen la fuerza que él les atribuyó. Al contrario, lo que demuestran los fenómenos de apofonía que a veces presentan es que en la época en que se formaron todavía aquélla continuaba surtiendo efectos. Queda por determinar en este orden de ideas un último detalle; a saber, el de hasta qué punto hay que llevar su antigüedad. Sobre todo la antigüedad de los compuestos con *per-*, o con preposiciones como *ex-*, *in-*, *ob-*, que existieron en ide., y que dieron compuestos intensivos en otras lenguas. Pues los compuestos con preposiciones, que o no existieron en ide. o no dieron compuestos en otras lenguas, como los con *ad-*, *cum-*, o como *prae-*, que sólo parece los dio en ant. prus., no pudieron proceder del ide. Los que en teoría pudiera pensarse que remontasen a aquella fecha son los primeros. No sólo esto, sino que dada la coincidencia en sus elementos formales y en su sentido, parece imposible que las formas de las diversas lenguas no tuviesen un origen común. Y de ahí que en concreto respecto a los con *per-*, que son los únicos reconocidos por todos como intensivos, es ésa la opinión que en general se ha impuesto.

Una hipótesis, sin duda a primera vista seductora, pero que a su vez tropieza con un grave inconveniente. Con un inconveniente tan grave que basta para invalidarla. Y es que el ide. no parece que llegase a conocer en general los compuestos verbales con prefijo. De esto parece ser que no puede dudarse. La prueba es que en griego y en antiguo indio el aumento de los tiempos del pasado, fenómeno típico y exclusivo de las lenguas del sudeste, y por lo mismo al parecer de origen postide., se introdujo entre los prefijos y el tema verbal: *περι-έβαλον, προύλαβον < προ-έλαβον, συν-έλεγον*, etc. Prueba de que en la época en que se desarrolló el *ε-* no se había verificado aún la fusión entre los elementos de los compuestos. Y un fenómeno parecido al del griego está atesti-

guado por los casos de tmesis como *ob uos sacro*, *sub uos placo*, conservados por los gramáticos latinos. No sólo esto, sino que en latín se ve que en los verbos compuestos la aspirada sonora inicial, convertida a consecuencia de la composición en interior, presenta siempre el tratamiento de las aspiradas iniciales, no el de las interiores (es decir, se convierte en *-f-* y no en oclusiva sonora): *ad-*, *au-*, *con-*, *dē-*, *ē-*, *in-*, *ob-*, *per-*, *prae-*, *prō-*, *re-*, *suf-ficio*. Siempre, pues el grupo de compuestos con *-dere* por miembro final (lo mismo *ab-*, *ad-*, *con-*, *in-*, *ob-*, *per-*, *sub-dere* que *crē-*, *dē-*, *di-*, *ē-*, *prō-*, *red-*, *trā-dere*) procedieron todos de la raíz *\*dō/\*dā*, no de *\*dhē/\*dhā*, como suele decirse<sup>1</sup> (cf. EMERITA 35, 1967, p. 1 ss.).

Es decir, que en latín la soldadura de sus elementos en los compuestos verbales con prefijo, y su transformación en unidades cerradas, no se había realizado aún en la época más antigua de la lengua. Lo cual, unido a los hechos de las otras lenguas, constituye la prueba definitiva contra la hipótesis de que los compuestos (en cuanto unidades morfológica y fonéticamente cerradas) procediesen del ide.

Desde luego que Schwyzer I, p. 435, sobre el pie forzado de que los compuestos con *per-* de las diversas lenguas tuvieron que tener un origen único, sostuvo que la formación de los compuestos nominales fue anterior a la de los verbales. Hipótesis que creyó podía justificarse por coincidencias como las del gr. ἀπόθετος, ὑπόθετος con ai. *upahitas*, *apihitas* y, según él, con *abditus*, *subditus*, etc.; y por el hecho de que en las lenguas germánicas los compuestos nominales con prefijo tienen una trabazón mucho más íntima que los verbales.

Pero ya indiqué en EMERITA 35, 1967, *loc. cit.*, que las formas latinas como *abditus*, *subditus* se fundaron no en la raíz *\*dhē* 'colocar, hacer' sino en *\*dō/\*dā* 'dar, hacer, poner'. De modo que las coincidencias aducidas por Schwyzer quedan reducidas a las formas del gr. y del ai., lo cual les quita toda fuerza probativa. Pues, sin duda, frente a lo que

<sup>1</sup> No quedarían, pues, como excepciones más que las formas en *-bam/-bo* (*amā-bam/amā-bo*), que desde Bopp se vienen dando universalmente por compuestos con un segundo elemento *\*bhvam/\*bhvo* < *\*bhey/\*bhu*. Pero lo cierto es que sobre esa base nadie ha podido explicar, hasta ahora, los problemas de todo orden que tal interpretación plantea. Nadie, a pesar de los innumerables intentos de explicación que se han hecho en tal sentido. Por ejemplo, en particular, nadie ha podido documentar con ningún ejemplo un cambio como el de la supuesta *\*bh-* de *\*bhvam/\*bhvo* en *-b-*, en las circunstancias en que tendría que haberse dado. Luego debemos afirmar sin vacilación (sin vacilación, a pesar de la opinión general en contra) que tales formaciones no pudieron tener el origen que se las atribuye (según indiqué ya en EMERITA, *loc. cit.*, p. 15).

creyese Brugmann, las coincidencias del gr. y del ai. no constituyen de por sí ninguna prueba de su origen en el ide. Común. Y, por otra parte, tampoco parece que el estado actual de un grupo único de lenguas como las germánicas pueda tomarse como un reflejo del estadio más antiguo del ide.; y que, por lo tanto, la estructura más abierta, que los compuestos verbales hayan conservado hasta nuestros días las lenguas germánicas, signifique que los compuestos nominales de estructura más cerrada fueron anteriores a ellos. Y el hecho es que esa hipótesis está contradicha por los hechos del latín. Pues en latín las aspiradas sonoras iniciales, convertidas a consecuencia de la composición en interiores, siguieron en los compuestos nominales la misma evolución que en los verbales; es decir, se convirtieron en *-f-* y no en oclusivas sonoras: *confectus*, *dēfectus*, *prōfectus*, *rejectus*, etc.<sup>1</sup>. Aparte de que en concreto la capacidad para dar compuestos intensivos sobre temas nominales no se ve de dónde podría haberla recibido el *per-* (lo mismo que los compuestos con otros prefijos) si no fue del valor que tenía en los compuestos verbales, lo cual hace imposible que cronológicamente los compuestos nominales hubiesen sido anteriores a los verbales.

Todo, pues, lleva a pensar que la formación de los compuestos con prefijo como unidades morfológicas cerradas, incluso de los con prefijos de procedencia ide., fue un hecho de época postide.; un hecho que se consumó en el período de formación de las lenguas particulares. Lo cual no tiene nada de extraño, ya que hay en las diversas lenguas compuestos con prefijos que no existieron más que en cada lengua particular, o en lenguas unidas por lazos especiales de parentesco. Por ejemplo, los latinos con *ad-*, *con-* y *prae-*. Y claro está que, si la respectiva preposición no existió más que en una lengua, o en lenguas íntimamente unidas por lazos especiales, los compuestos con ella tuvieron que formarse en esa o en esas lenguas, y no en ide. De modo que sin ser tan tardíos como Leumann pensó, tampoco pueden llevarse al ide., como en general suele suponerse, ni a los compuestos con *per-* ni a los con otras preposiciones. Y de ahí el que, como he indicado, en general las formas de los grupos atestiguados en varias lenguas están construidas en cada lengua sobre temas distintos. Y en relación con éstos tal vez no esté de más una última puntualización sobre una palabra que según creo ha dado origen a un mal entendido. Me refiero al umbro *peracre* 'muy montuoso', que es el único ejemplo conocido de esta clase en osco-umbro, y que a veces se ha aducido como prueba de que el tipo existió en itá-

<sup>1</sup> Sobre los casos con supuesta evolución distinta, como *probus*, *superbus*, *acerbus*, *sacerdōs*, cf. EMERITA, *loc. cit.*, pp. 16 y 26.

lico. Pero ya he indicado que en latín estos compuestos fueron posteriores a la evolución de las aspiradas. Y, por otra parte, no se ve que de *paracre* hubiese correspondencia en latín. Todo, pues, parece indicar que debió ser una formación peculiar del umbro, paralela pero independiente de las formaciones latinas análogas, y que por lo tanto no prueba nada sobre la existencia del tipo en itálico <sup>1</sup>.

Desde luego que el hecho de que los mismos elementos (los adverbios-preposiciones) siguiesen en las lenguas más diversas una evolución igual indica que los presupuestos para esa evolución se dieron ya en ide. Pero esto no tiene nada de particular. Pues sin duda hay hechos, algunos importantísimos, de las lenguas particulares que en la forma en que aparecen en la época histórica no pudieron proceder del ide., por las diferencias que presentan en cada lengua, pero que por otra parte, por el elemento o los elementos comunes que contienen y por su valor equivalente, hay que pensar que en germen estuvieron anticipados en ide. Por ejemplo, los futuros signmáticos atestiguados en ai. (*kariš-yāmi*), lit. *dos-iū*, gr. δειξω, lat. *faxo, dixi*, celta *lils-it* (cf. EMERITA 31, 1963, p. 53 ss.). No tiene, pues, nada de extraño que, de manera parecida, el proceso que culminaría en la formación de los compuestos nominales con prefijo en parte se hubiese iniciado ya en ide., y que, sin embargo, no se consumase hasta muchos siglos después. Es decir, no tiene nada de extraño que la conversión en intensivo del valor local de las preposiciones, junto a temas verbales, y su extensión con este valor a las construcciones nominales, se hubiese iniciado en ide., y que, en cambio, la fusión de sus elementos en una unidad nueva tardase varios siglos en realizarse. Y la prueba de que esto no constituye ninguna anomalía es que el mismo fenómeno se dio en los compuestos verbales, en que las preposiciones-adverbios conservaron su sentido local, que como he dicho no quedaron constituidos como compuestos hasta la época en que cada lengua adquirió su configuración definitiva.

Lo más extraño es que, tras una gestación tan larga y laboriosa, en latín, y como en latín en la mayoría de las lenguas, el procedimiento nunca llegase a adquirir la estabilidad y consistencia de los procedimientos morfológicos regulares. Pero no hay que olvidar que la transmuta-

<sup>1</sup> Del itálico, que a mi juicio hay que entenderlo, frente a la opinión hoy más difundida, como lo concibieron los neogramáticos más antiguos, y en particular Meillet; es decir, como una variante más o menos uniforme, que realizó un conjunto de innovaciones exclusivas antes de fragmentarse en dos nuevas unidades, el Osco-Umbro y el Latín; cf. *Homenaje a A. Tovar*, p. 355 y «La significación del latín vulgar en el conjunto de la gramática latina», en *Actas del 5.º Congreso Español de Estudios Clásicos*, p. 41.



ción en intensivo del sentido local de las preposiciones suponía un cambio violento y profundo; es decir, que el procedimiento, además de secundario y adventicio, era un fenómeno, sobre todo en su uso como prefijo, artificioso y antinatural. Era antinatural, porque estaba en pugna con la función eminente y más característica que los adverbios-preposiciones tuvieron en cuanto determinantes de las ideas nominales, que fue expresar sus relaciones en el espacio y el tiempo. Lo cual explica ese hecho tan peculiar y misterioso que estas formas presentan en latín. Es decir, el que en la mayoría de los casos los compuestos se quedasen en el grado de formas ocasionales y efímeras, con unos límites de uso reducidísimos; en el grado de formas como frustradas, que sólo en circunstancias relativamente escasas lograron consolidarse e incorporarse al torrente general de la lengua. Un fenómeno que en los compuestos verbales es menos perceptible, sin duda porque el valor intensivo se armonizaba mejor con el sentido adverbial que los adverbios-preposiciones tuvieron en su carácter de preverbios, y que constituye en los compuestos nominales el punto clave en el que se centran y anudan los problemas principales de la formación.

Y un punto sobre el que por cierto hasta ahora no ha podido decirse nada que se parezca a una explicación. Pues lo único que han sugerido sobre él los autores que han intentado explicarlo<sup>1</sup> es que debió tratarse de algo buscado intencionadamente y con un fin preconcebido; de algo motivado por la búsqueda de ciertos efectos estilísticos, que no se precisa en qué habrían consistido. Pero a mí me parece que ni el hecho obedeció a nada intencionado, ni tuvo significado estilístico de ningún género. Fue simplemente, como digo, que el valor adverbial en los compuestos nominales, aunque surgido por una parte de manera natural por analogía de su uso junto a temas verbales, chocó violentamente con la función eminente que las preposiciones tenían en cuanto determinantes de las ideas nominales. O lo que es lo mismo, que entre la función específica de las preposiciones, y el valor que adquirirían como prefijos en los compuestos nominales intensos, había una oposición interna. Una oposición que en época ide. debió ser más débil, porque las construcciones preposicionales estuvieron poco desarrolladas; pero que fue haciéndose gradualmente más fuerte a medida que fue extendiéndose el uso de las preposiciones como procedimiento complementario de la flexión nominal, lo cual sin duda fue dando un relieve creciente a su valor local. Desde luego que como la tendencia a las construcciones intensivas venía de muy antiguo, y había quedado consagrada en un grupo mayor o menor

<sup>1</sup> A saber, Marouzeau, *Stylistique*, p. 133 y André, *loc. cit.*

de compuestos nominales estables, y, por otra parte, como en los compuestos verbales se encontraba más sólidamente establecida, nunca dejó de surtir efectos en la composición nominal. Pero se ve que a esos compuestos nominales los latinos los sintieron siempre como algo atípico y anormal, como algo que estaba en pugna con otras tendencias íntimas de la lengua. No tiene, pues, nada de extraño que un proceso de estas características tardase siglos en desarrollarse, e incluso que nunca llegase a desarrollarse plenamente.

Y a la luz de estas consideraciones se comprende la evolución compleja y ambigua de los diversos grupos de los compuestos latinos en la época histórica. Pues a primera vista parece que todos ellos, con excepción de los con *ad-* y *con-*, tuvieron una cierta vitalidad hasta bien entrado el imperio, e incluso hasta finales del imperio. Ya que de todos ellos aparecen formaciones nuevas durante el imperio, y de algunos incluso hasta en los siglos IV y V. Pero, desde luego, hay una serie de diferencias muy marcadas entre los diversos grupos; en concreto entre los con *ad-*, *con-*, *ex-*, *in-*, *ob-* y los con *per-*, *prae-* y *sub-*. Pues del primero las formaciones nuevas del tipo más numeroso, las con *in-* y las con *ex-*, apenas sobrepasan la docena de ejemplos cada una, en inferioridad manifiesta frente a las mucho más numerosas del segundo grupo. Y ninguna de las del primer grupo llegó a cuajar en compuestos estables, de libre circulación en la lengua popular, sino que aparecen siempre como formas efímeras, la mayoría de ellas con uno o dos ejemplos en su haber. Por otra parte, se ve que desde principios del imperio algunas de las formas antiguas de esos tipos aparecen sustituidas por compuestos por otros prefijos, sobre todo con *prae-*. Así en Horacio, *praecānus* en vez de *incānus*; y en Ovidio y Plinio, *praesignis* en vez de *insignis* y *praelustris* en vez de *illustris*; y en Livio, Plinio y Columela, *praegelidus* en vez de *ēgelidus*; y en Virgilio, Quintiliano y Tácito, *praedūrus* en vez de *ēdūrus*; y en Livio, Quintiliano y Tácito, *praelongus* en vez de *oblongus*; y en Plinio, *praedensus* en vez de *condensus*. Y desde luego en las lenguas romances no hay el menor indicio de que esos tipos hubiesen conservado su vitalidad. Luego hay que concluir que en la lengua hablada el *ad-*, *con-*, *ex-*, *in-*, *ob-*, dejaron de ser productivos como prefijos intensivos desde principios del imperio. De donde se deduce que su uso con tal función durante el imperio tuvo que ser un fenómeno artificioso y sin relación con la lengua viva; un influjo y un eco de un uso más antiguo. El hecho es significativo, porque precisamente fue a principios del imperio cuando en la lengua popular se generalizó el uso de las preposiciones como procedimiento general de flexión. Lo que confirma mi sospecha de que en latín lo que se opuso al desarrollo

de los compuestos intensivos fue el gran relieve que en las preposiciones tuvo el valor local.

Ahora bien, las circunstancias que condicionaron esos tipos influyeron también en los compuestos del segundo grupo; en particular, por ejemplo, en los con *per-*, que constituyen con sus 323 ejemplos el grupo más importante con mucho dentro de esta clase de compuestos. La prueba es que, inmediatamente después de Cicerón, en cuya obra el grupo alcanzó el momento cumbre de su pujanza, experimentó un gran retroceso. Un retroceso que en el paso del siglo II al III después de Cristo se acerca casi a un eclipse. Aunque esto pudiera tal vez deberse, en parte, al descenso de la producción literaria en esa época. En todo caso se ve que el conjunto de formas nuevas aparecidas en esos dos siglos no llega más que a 10. Lo que indica que sin duda desde comienzos del imperio la formación entró en un proceso de franca decadencia.

Y otro indicio de esa decadencia es que la supremacía del *per-* entre los prefijos intensivos se vio menoscabada por la competencia que le hizo el *prae-*. Competencia que se manifiesta en la creación de formas nuevas con *prae-*, sobre temas de los que existían ya compuestos con *per-*, y en la preferencia a veces de las con *prae-* sobre las con *per-*. Así *praeacūtus* (César, Ovidio, Plinio y Apuleyo) frente a *peracūtus* (Cicerón); *praeblandus* (Juvenal y Donato *ad Ter.*) frente a *perblandus* (Cicerón y Livio); *praecautus* (Juvenal) frente a *percautus* (Cicerón); *praeceler* (Plinio, Estacio y Juvenal) frente a *perceler* (Cicerón); *praecupidus* (Suetonio) frente a *percupidus* (Cicerón); *praedifficilis* (Tertuliano) frente a *perdifficilis* (Cicerón y Livio); *praedignus* (CIL) frente a *perdignus* (Cicerón); *praediues* (Virgilio, Ovidio, Tácito y Plinio) frente a *perdiues* (Cicerón); *praedoctus* (Estacio) frente a *perdoctus* (Plauto y Cicerón); *praedulcis* (Virgilio, Celso, Plinio, Quintiliano, etc.) frente a *perdulcis* (Cicerón). Y así otros varios que pueden verse en André, *loc. cit.*, p. 122 ss. Desde luego que, como dice el refrán español, «el que tuvo retuvo y guardó para la vejez». Es decir, que a pesar de todas las pérdidas, el grupo de las formas con *per-* (con 19 ejemplos de formas nuevas frente a las 11 con *prae-*) continuó siendo el más rico en formaciones nuevas durante esos dos siglos, y lo mismo en los tres siglos siguientes (con 73 formas con *per-* frente a 34 con *prae-*). Cosa natural, puesto que el *per-* fue entre los prefijos intensivos el que aparece extendido en mayor número de lenguas ide., y el que sin duda por eso había echado raíces más honradas en la tradición latina. No fue, pues, que el predominio del *per-* sobre el *prae-* se debiese en latín a causas fonéticas y semánticas, como indicó André, *loc. cit.*, e insinúa Bader, p. 357, sino a que desde el ide. fue el prefijo que asumió, sobre todo, el valor intensivo.

Y en apoyo de esto habla otra circunstancia. Y es que aparte de la supervivencia de formas aisladas en diversas lenguas y dialectos romances, como rum. *prelung*, genov. ant. *perlongo*, sicil. *spirlongo* < *perlongus*, ital. mod. *percaro* < *percārus*, *permaloso*, continuación del *permalē* de Cicerón, *ad Att.* I 19, 2, el procedimiento continuó dando origen a formas nuevas en época romance. Por ejemplo, en fr. ant., *Roland* 546: *mult par est pruz*; 142: *mult par est grand la feste*; *Rom. Ren.* II 261: *molt par est fole*, etc.; como se ve con separación del prefijo y del adjetivo determinado por él, frente a los ejemplos de época posterior (siglos XIV y XV): *paradmirabile*, *parfin*, *parhorrible*, *parveilhabable*, etc. Desde luego que esta forma con tmesis con que el compuesto aparece en los textos más antiguos no se concibe que pudiese haberse transmitido a través de la lengua popular, lo cual le hizo pensar a André, *loc. cit.*, p. 154, que la formación francesa no pudo ser una continuación del tipo latino *permagnus*, sino que tuvo que ser en francés una como innovación. Una innovación sobre la que posteriormente se habrían creado los compuestos más normales con unión del prefijo y del adjetivo. Pero claro está que, desligado de su origen latino y perdido el recuerdo de su valor intenso, es difícil comprender cómo al cabo de los siglos lo habría reencontrado. Yo lo que me inclino a creer es que la continuación en francés de las formas con *per-* debió verificarse más bien a través de la tradición culta o literaria. Al contrario que las continuaciones españolas, como *peripuestó*, *perilargo*, *peritieso*, *perilindo*, etcétera, que llevan un sello más bien popular. Lo cual parece indicar que, a pesar del encogimiento que sin duda sufrieron a fines del imperio, estos compuestos nunca llegaron a caer por completo en desuso ni en la lengua culta ni en la hablada o popular.

El caso a primera vista más extraño es el de los compuestos con *prae-* (en total 110 ejemplos), que constituyen el grupo más importante de esta clase después de los con *per-* y con *sub-*. Es extraño porque el *prae-* no parece que diese compuestos de esta clase fuera del latín y del ant. prus., lo que indica que las formas latinas con él debieron ser algo más tardías que las con *ex-*, *in-*, *ob-*, *per-* y *sub-*. A pesar de lo cual no parece que su potencia como prefijo intensivo se viese afectada por la nueva situación, creada a principios del imperio en el uso de las preposiciones. Al contrario, parece que fue entonces cuando alcanzó su mayor florécimiento. Pues fue entonces, como he dicho, cuando se le utilizó para sustituir a compuestos intensivos antiguos, cuyo sentido había quedado debilitado (*praecānus*, *praegelidus*, *praedūrus*, *praelongus*, *praedensus*, etc.), y en este plano incluso rivalizó con el *per-*. No obstante, se advierte que hay una diferencia muy clara entre los compuestos

atestiguados en la época republicana y los que aparecen por primera vez en el imperio. Y es que los primeros muestran una vida vigorosa, de la que es una prueba el gran número de autores en que aparecen documentados. Por ejemplo, *praeacūtus* (César, Ovidio, Plinio, Apuleyo, etc.); *praeccellens* (Cicerón, César, Veleyo, Plinio, Gelio, etc.); *praecipuus* (Plinio, Terencio, César, Cicerón, Livio, Ovidio, etc.); *praec̄lārus* (Plauto, Lucrecio, Cicerón, Horacio, Virgilio, Tácito, etc.); *praeditus* (Lucrecio, Cicerón, Frontino, Apuleyo, etc.); *praegrandis* (Pacuvio, Mela, Plinio, Apuleyo, san Agustín, etc.); *praepotens* (Plauto, Accio, Cicerón, Livio, Tácito, etc.); *praeproperus* (Cicerón, Livio, Tácito, Plinio, etc.). Mientras que los segundos, con excepción de unos pocos respaldados por Virgilio (*praediues*, *praedulcis*, *praelargus*, *praepinguis*, *praetenuis*) sólo cuentan en su haber con uno o dos ejemplos; es decir, presentan el aspecto de compuestos medio frustrados. Por otra parte, resulta que ni el procedimiento en sí, ni las formas a que dio origen tuvieron fuerza para pasar a las lenguas romances. Todo, pues, indica que en la lengua popular este grupo había dejado de ser productivo desde principios del imperio, y que los representantes del mismo que en esa época aparecen fueron creaciones artificiosas, producto de una moda exclusivamente literaria.

¿Que en dónde y cómo pudo surgir esa moda? Ahora bien, parece claro que sin duda donde la moda alcanzó un desarrollo más amplio, un desarrollo que cada día fue adquiriendo más fuerza, fue en la lengua poética. Lo cual les hizo pensar a Wölfflin, *Lat. und Roman. Comparison*, p. 27, y a André, *op. cit.*, p. 151, que debió tratarse de una innovación por esencia poética. Pero ni uno ni otro pudieron dar razón de por qué la moda habría surgido allí. Pues Wölfflin, por ejemplo, se limitó a insinuar que el *per-* debió implicar una comparación con una cualidad intrínseca (*perdiues* = especialmente rico en relación a la idea abstracta de la riqueza), y *prae-diues* una comparación con diversos objetos particulares. Hipótesis evidentemente sin consistencia, como probó André, *loc. cit.*, p. 136. Y, a su vez, André no pudo decir nada más sino que la preferencia en el imperio por una u otra forma fue un capricho o manía particular de cada autor. Lo cual es una explicación muy vaga y a todas luces insuficiente. Por lo demás, compuestos con *prae-* se dieron lo mismo en los poetas que en escritores en prosa, en los que no cabe suponer un influjo poético. Por ejemplo, en época republicana en Plauto, Terencio, Cicerón y César, y en el imperio en otros muchos como Tácito, Pseudo Quintiliano, Valerio Probo, Plinio, Frontón, Columela, Suetonio, Gelio, Tertuliano, Amiano, Carisio, etc. Ya hemos visto, por otra parte, que la función intensiva la poseyeron otra serie de preposiciones, lo mismo en la lengua literaria que en la

hablada. Por lo tanto hay que excluir que el uso de *prae-* durante el imperio estuviese vinculado necesaria y precisamente a la lengua poética.

Lo que no cabe duda es que el sentido local de *prae-* (es decir, el de 'delante') implicaba una idea de «superioridad», que estaba muy cercana a la de «intensidad» y se armonizaba perfectamente con ésta (cf. mis observaciones *supra*, EMERITA 47, 1979, p. 140). Mucho más perfectamente, sin duda, que los sentidos de las otras preposiciones, incluso el de *per-* 'a través de'. No tiene, pues, nada de extraño que los romanos no sintiesen en el uso intensivo de *prae-* la violencia que experimentaban en el uso de otras preposiciones, como *ad-*, *con-*, *ex-*, *in-*, *ob-*. Y por lo tanto no tiene nada de extraño que los conocedores de la tradición (en particular los autores literarios), al no comprender la razón de por qué las preposiciones intensificaban el sentido de los compuestos, tendiesen a concentrar este valor en el *prae-*. Tendencia que se comprende que la lengua poética acogiese con predilección especial, probablemente por su tendencia a apartarse del uso más trillado; pero que a su vez debieron acoger los prosistas por su parecido con el *per-*, en el que debió dejarse de percibir la relación del sentido intensivo con el local, pero que a pesar de todo fue el único prefijo que siguió usándose como intensivo. En todo caso se ve que esta revitalización del *prae-* como prefijo intensivo fue un fenómeno artificioso de la lengua culta, que en la lengua popular es dudoso que tuviese ningún eco.

Y en cuanto a los compuestos con *sub-*, ya he indicado que su historia presenta externamente un gran parecido con la de los compuestos con *per-*. Pues constituyen junto con éstos, aunque después de ellos, el grupo más numeroso de los compuestos intensivos; de compuestos que no dejaron de producirse hasta final del imperio. Pero debajo de este parecido se oculta una diferencia importante. Y es que este grupo conservó fresca su vitalidad hasta nuestros días en una parte del dominio romance, y en un tipo especial de formaciones. Esto es cosa que al parecer no ha sido advertido por nadie, pero no por ello menos evidente. Pues en el español popular, en toda el área cubierta por el castellano antiguo, desde Santander y Burgos hasta Andalucía, han llegado hasta nuestros días unos compuestos de sentido peyorativo intenso y de uso corriente con el prefijo *so-*. Unos compuestos que en general pueden formarse sobre cualquier palabra de sentido despectivo: *so-bobo*, *so-tonto*, *so-burro*, *so-borríco*, *so-imbécil*, *so-estúpido*, *so-pasmado*, *so-cerdo*, *so-puerco*, *so-cochino*, *so-mula*, *so-bestia*, *so-animal*, etc. Lo que pasa es que los diccionarios nacionales han creído que ese *so-*, fue una evolución de unas formas antiguas, *seó/seor*, variantes populares en el es-

pañol antiguo de *señor*<sup>1</sup>. Variantes producidas por un desgaste fonético muy corriente en los términos de tratamiento, y que tiene correspondencias en el tratamiento de *senior* en varias lenguas romances. Por ejemplo, fr. *misser*, *monsieur*, ital. *messer*, dialectal *misser*, de donde cat. *micer* de los siglos XIV y XV.

Pero en español es muy dudoso que el *seó/seor* llegase a contraerse en *só*<sup>2</sup>. Pues los raros ejemplos en que parece atestiguado pudieron deberse a un error gráfico. Y en todo caso es claro que semánticamente hay un abismo entre el sentido de *seó/sor*, término de tratamiento respetuoso, y el *so* prefijo ligado a expresiones siempre despectivas. Pues la idea de «señor» implícita en *seó/sor* lleva siempre consigo el ennoblecimiento de la idea a que se aplica, aunque de suyo sea neutra. Es decir, que en español puede decirse perfectamente, aunque la expresión no sea frecuente: *un señor piso*, *un señor despacho*, *un señor gabán*, con el sentido de un *piso*, un *despacho* o un *gabán señorial*. Lo que no se conciben son expresiones como *es o era un señor asno*, *un señor animal*, *un señor imbécil*. Lo cual quiere decir que el *seó/sor* y el *so* prefijo son términos antitéticos e incompatibles. Es, pues, imposible que pudiesen haberse relacionado etimológicamente.

Frente a esto es claro que el paso fonético *sub* > *so* se explica con toda sencillez, cf. los casos como *sofreir*, *soasar*, *sojuzgar*, *soportar*, etc. y como *so capa*, *so pretexto*. El aspecto del problema etimológico que al parecer se presenta algo oscuro es el semántico. Pues de ordinario las formas españolas con *so* suelen llevar un matiz intensivo claro frente al del simple. Ya que *so-bobo*, *so-tonto*, *so-bruto*, *so-bestia*, *so-animal*, etc., son insultos algo más fuertes que los simples *bobo*, *tonto*, *bruto*, *bestia*, *animal*, etc.; aunque no alcancen la intensidad expresiva que otros insultos también corrientes en la lengua popular: *cacho* o *pedazo bruto*, *cacho* o *pedazo bestia*, *cacho* o *pedazo animal*, etc. Expresiones éstas que podrían traducirse por 'gran bruto' o 'grandísimo bruto', 'gran bestia' o 'grandísima bestia', 'gran animal' o 'grandísimo animal' (cf. *Archivum* 23, 1973, p. 100), mientras que en cambio en los compuestos con *so* el insulto tiene un tono algo más atenuado. La prueba es que éstos, en el lenguaje familiar afectuoso, admiten un uso con un valor equivalente al de un diminutivo: *so-bobo* = *bobito*, *so-tonto* = *ton-tico*, *so-pillo* = *pillín*, *so-granuja* = *granujilla*, etc. Hecho que jamás

<sup>1</sup> Así Corominas, *Diccionario Etimológico*; G. de Diego, *Diccionario Hispánico*; *Real Academia*, 19.ª ed., 1970.

<sup>2</sup> A pesar de que en Cervantes hay un *seor* o *Sor Monipodio* = señor Monipodio.

se da en las expresiones con 'cacho o pedazo', y concuerda con el del latín *sub-*. Aunque tampoco pretendo que fuese ése el origen del *so* español, puesto que en las expresiones intensivas lo corriente es el paso del sentido intensivo al atenuado, y no el inverso.

En todo caso no hay que olvidar que lo específico del *sub-* en cuanto prefijo atenuante fue rebajar el grado de la cualidad expresada por el adjetivo. *Sub-obscurus* era 'algo tirando a oscuro, pero que no llegaba a serlo', 'algo menos que oscuro', *subrufus* 'algo menos que rojo', *subrusticus* 'algo que se acercaba a aldeano, pero sin ser propiamente un aldeano', etc. Y tratándose de cualidades negativas como las expresadas por los compuestos insultantes con *so-*, el rebajamiento de la cualidad potenciaba en cierto modo la idea negativa, y con ello reforzaba el sentido peyorativo del insulto. Algo así como en matemáticas las cantidades inferiores a «cero» («menos dos, menos tres», etc.) refuerzan la idea de carencia supuesta por «cero». No tiene, pues, nada de extraño que en expresiones como *so-bobo*, *so-tonto*, *so-imbécil*, etc. el *so* < *sub*, de suyo atenuante, se convirtiese en intensivo o aumentativo. Con lo cual se desvanece la objeción que a esta hipótesis pudiera hacerse. Luego debemos pensar que los adjetivos españoles con *so-* no pudieron ser más que una continuación directa de los compuestos atenuados latinos con *sub-*. Lo cual está de acuerdo con el uso del *sub-* en el bajo latín; y nos ofrece por otra parte, como he indicado más arriba (cf. EMERITA 47, 1979, p. 146), un dato de gran interés en relación con el origen de la formación latina. Pues nos revela que entre todos los compuestos relacionados con la intensidad, fueron éstos los que en la lengua popular tuvieron mayor arraigo. Lo cual excluye la hipótesis de que pudiesen haber sido, como hoy suele creerse, un préstamo del griego.

Se ve, pues, en resumen que el problema de los compuestos intensivos ha estado mal planteado. Pues en primer lugar se ha creído que fueron una característica de sólo los compuestos con ciertos prefijos (el *per-* y el *prav-*), lo que fue una propiedad de los compuestos con las más variadas preposiciones; y no sólo en latín sino en las más diversas lenguas ide. Y sobre este falso enfoque inicial, los autores se han visto incapacitados para comprender los problemas esenciales que los hechos suscitan; y han perdido el tiempo en discusiones accesorias y baladnes, como por ejemplo la de si la formación fue propia de la lengua popular o de la erudita y literaria. Cuestión que por lo demás han dejado sin resolver. Por ejemplo, Wölfflin, *Philologus* 34, 1876, p. 137 ss., pensó que había que atribuirles un carácter eminentemente popular. Pero ya observó Dutilleul, *RPh* 13, 1889, p. 135 que un procedimiento que alcanzó su mayor frecuencia de uso en Cicerón, y que no dejó más que



huellas rarísimas en las lenguas romances, no puede considerarse popular, y menos en el sentido de típicamente «vulgar». Y desde luego es claro que el concepto de «vulgar» no puede estirarse en la forma como pretendió Wölfflin. Así es que su teoría ha sido en general abandonada. Lo que sugirieron después algunos autores<sup>1</sup> es que tales compuestos debieron pertenecer a la lengua familiar o conversacional, que fue donde preferentemente los usó Cicerón, y dentro de la que muchos no quieren reconocer modalidades. Pero todo indica que el procedimiento fue igualmente corriente en la lengua literaria y en la popular.

ANGEL PARIENTE

---

<sup>1</sup> Por ejemplo, Laurand, *Étude sur le style des discours de Ciceron*, p. 263 y Leumann, *Fest. Wackernagel*, etc.